

COLECCIÓN VIRTUS

LA MADUREZ SEGÚN JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL
SERMÓN DE LA MONTAÑA

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2011

1. El sermón del Señor

Mt 5,1-2

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

“Si Cristo imitara nuestro modo ordinario de actuar, ya podríamos darnos por perdidos. Así, pues, ya que nos hemos hecho discípulos suyos, aprendamos a vivir conforme al cristianismo”¹. En cambio, si nosotros imitamos su modo ordinario de actuar, no sólo nos salvamos, sino que alcanzamos la plenitud de nuestras potencialidades humanas. Este “modo de Cristo” lo aprendemos en el Evangelio, y de modo singular en el Sermón de la Montaña, donde se contiene el programa de nuestra configuración moral y espiritual con Cristo.

Dice el Apóstol Santiago: “El que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz” (St 1,25). La “Ley perfecta de la libertad” es la Ley de Cristo, que se resume de modo especial en este Sermón, puesto que la ley perfecta es la doctrina sobre la vida cristiana, y, como dice Santo Tomás, “en el sermón que predicó el Señor en el monte, se contiene todo el compendio de la vida cristiana”². Por eso se lo califica como la “Carta magna” del reino fundado por Cristo.

Ciertamente ésta es la predicación más importante que ha tenido lugar en la historia de la humanidad, y, doctrinalmente, ha partido la

¹ San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Magnesios*, 10, 1.

² “Sermo quem Dominus in monte proposuit, totam informationem christianae vitae continet” (S.Th., II, 108, 3).

historia en un *antes* y un *después* de ella. Hay muchos libros que han marcado hitos en la historia del pensamiento, para bien o para mal; pero ningún escrito puede compararse con los tres capítulos en que San Mateo resume las principales líneas del pensamiento religioso de Jesús de Nazaret.

No es mi intención comentar exegéticamente este texto bíblico. Por el contrario, mi deseo es muy modesto, pues sólo pretendo inspirarme en el Sermón montano para indicar las líneas fundamentales que definen la vida cristiana madura y equilibrada en la mente de Nuestro Señor. Porque parto del supuesto de que Jesús, en esta predicación, tiene ante sus ojos una idea clara y profunda de lo que es el verdadero hombre maduro, equilibrado y perfecto.

2. Ocho propiedades de la madurez

Mt 5, 3-12

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

Las bienaventuranzas son el pórtico del sermón montano; el “aguatinta” del cristianismo: negro sobre blanco. Desde ellas todo resalta con nitidez.

Coherentemente, han constituido uno de los temas preferidos de numerosos exegetas, comentaristas bíblicos, predicadores y teólogos. Santo Tomás dijo de ellas que expresan los actos más perfectos que realizan las virtudes al ser perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo. Dicho de otro modo: son el cenit del obrar cristiano sobrenatural o el punto de arribo de todo el trabajo de la madurez cristiana.

Pero es evidente que se llega a un puerto siempre y cuando se haya navegado con el rumbo enfilado hacia él. Las bienaventuranzas contienen, por tanto, también la *dirección* en la que se debe avanzar en el itinerario de maduración. Cada una de ellas alude a una *actitud* propia y esencial para la madurez. Quien se esfuerza por caminar por esos senderos *está en vías de maduración*. Del grado que alcance en cada una de estas disposiciones psíquicas y espirituales se podrá medir su escalafón en la madurez humana. Por el contrario, quien carece de alguna de estas *actitudes*, padece de inmadurez.

No son, pues, cualidades opcionales, sino indispensables. Son ocho propiedades *básicas* de la madurez, que describen la relación de la persona con los campos nucleares de la vida: el mundo material (i), las pasiones (ii), los fracasos morales (iii), la santidad (iv), la miseria ajena (v), la esfera afectiva y sexual (vi), el resentimiento y la división entre los hombres (vii) y el misterio del sufrimiento personal (viii).

Las fórmulas que Jesucristo emplea para las bienaventuranzas nos ayudan a sondear los pensamientos de nuestro corazón y la postura que tenemos ante estas apremiantes realidades. Espiritualmente delatan nuestra pertenencia a uno de los dos posibles amos: Dios o el mundo. Psicológicamente revelan la madurez o inmadurez de nuestro carácter.

(i) “Bienaventurados los pobres de espíritu”; dicho de otro modo: “dichosos los desapegados”. Esta bienaventuranza “sondea” la madurez de nuestra relación con los bienes creados, exteriores (materiales) e interiores (psicológicos y espirituales).

La pobreza de espíritu implica libertad ante los bienes terrenos, ante el tener o no tener (es decir, lo que San Ignacio designa como “indiferencia”³). También supone cierta desconfianza (y, hasta cierto

³ La indiferencia, para San Ignacio de Loyola, es una actitud interior de desprendimiento y disponibilidad en manos de Dios respecto de todas las cosas: no inclinarse más a una cosa que otra mientras no se manifieste la voluntad divina.

punto, “desesperanza”) de las soluciones que prometen las realidades terrenas, es decir, reconocer que ellas no pueden solucionar completamente nuestros problemas ni –menos aún– satisfacer nuestras necesidades espirituales; sólo Dios puede responder a las exigencias de nuestro espíritu. Vivir esta bienaventuranza requiere, finalmente, la actitud espiritual del *verdadero* pobre: la humildad (el “pobre” bíblico es el que *se reconoce* necesitado y dependiente de Dios y entiende que todo lo recibe de Él). Su expresión más lúcida e importante es el desapego de sí mismo, que podemos llamar “sano olvido de sí” (porque también hay un olvido enfermizo⁴).

De esta actitud se siguen innumerables bienes que llevan nuestro carácter a su verdadero florecimiento; entre ellos podemos destacar la serenidad ante las dificultades materiales; la paz del alma en las situaciones de estrechez; la confianza puesta exclusivamente en Dios. A su vez, la humildad, que hemos señalado como condición del verdadero pobre, germina en realismo, olvido de sí, y un gran poder ante Dios (“Dios escucha la oración del humilde”, dice Eclo 35, 17).

En cambio, la carencia de esta actitud se traduce en un talante ansioso o terrenalmente ávido. En el orden material se presenta en los vicios de la codicia y la tacañería. Engendra intranquilidad, angustia, desconfianza y preocupación. En el orden espiritual, nos encontramos con el egoísmo y el vivir volcado sobre uno mismo. Por eso la falta de este “olvido de sí” está en el núcleo de todos los comportamientos neuróticos; de hecho el grupo “Neuróticos Anónimos” —inspirado en la metodología de Alcohólicos Anónimos— afirma que la neurosis es “causada por el egoísmo innato de la persona, que le impide tener la habilidad de amar”.

Si quisiéramos sondear nuestro corazón sobre este aspecto particular deberíamos preguntarnos: ¿estoy apegado a alguna cosa o persona?, ¿cuáles son mis miedos? (éstos delatan los apegos), ¿qué efectos ha causado, tanto en mí mismo como en los demás, el apego o la confianza en las cosas terrenas?, ¿vivo pensando en mí mismo?, ¿hago girar todas las cosas sobre mí, sobre mis gustos, o mis preocupaciones?, ¿soy yo el criterio definitivo de mis juicios?

⁴ Quien no se “olvida” sanamente de sí, saliendo de sí para buscar un ideal o el bien del prójimo, corre el riesgo de terminar en una mala forma de “olvido de sí” que es la del que se “evade” de sí mismo, como el alcohólico, el drogadicto y otros modos de adicción.

Cuando se detecta alguna carencia seria de independencia respecto de las cosas terrenas será necesario trabajar no sólo en la pobreza sino —y más que todo— en el olvido de sí mismo, pues la lucha contra la “obsesión de sí mismo” está tanto en la base de todo itinerario espiritual como en la de cualquier tratamiento psicológico del que se esperen resultados serios. También exigirá trabajar por adquirir la humildad y la confianza en Dios.

(ii) “Bienaventurados los mansos”; es decir: “dichosos los que dominan sus pasiones”. Manso es el que domina su ira, su rabia, su bronca; el que es capaz de perdonar. Esta bienaventuranza implica la sujeción de la pasión de la ira, o sea, “domesticar” el propio corazón, como se hace con un animal impulsivo y antojadizo. Supone la virtud de la humildad (de hecho, la palabra griega usada en esta bienaventuranza que traducimos por *mansedumbre*, también equivale a humildad).

De ella se siguen numerosos bienes: la paz del alma que brota del sosiego de las pasiones; gran fuerza espiritual, pues quien se domina cuenta para su servicio toda la energía que consumirían sus pasiones descontroladas; vuelve al alma atractiva, pues, como dice el dicho, se atrapan más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel, de ahí que esta bienaventuranza haya caracterizado a tantos santos de gran arrastre como San Francisco de Sales, San Juan Bosco, San Francisco de Asís, etc.

En cambio la carencia de esta actitud caracteriza una forma de inmadurez que avinagra el espíritu haciéndolo insufrible para los demás e incluso para sí mismo; esclaviza nuestra psicología a una pasión desgastadora; aísla a la persona tornando difícil su trato, por lo que a menudo termina abandonada o, al menos, evitada; amamanta el resentimiento, exagera las culpas ajenas, genera violencia, odio, rencor, revancha, venganza, división, etc.

Quien pretenda sondear la región de su corazón que denominamos “apetito irascible” debería preguntarse: ¿descubro en mí resentimientos o broncas?, ¿maltrato a los demás con mis palabras, gestos o actitudes?, ¿soy vengativo, brusco o violento?, ¿tengo reacciones intempestivas de las que luego me arrepiento?, ¿me cuesta pedir perdón?, ¿perdono con facilidad y prontitud?

Quienes piensen cultivar este rasgo espiritual deberán disciplinarse en el autodominio y en el control de sus pasiones (especialmente la ira, el miedo y la tristeza) y además practicar el arte de aprender a perdonar y la virtud básica de la humildad.

(iii) “Bienaventurados los que lloran”; o sea: “dichosos los que se arrepienten de sus errores y pecados y buscan corregirse reparando los males hechos”.

Esta dimensión espiritual involucra tres características esenciales de la madurez humana. Primero, la capacidad de reconocer los propios errores, pecados y equivocaciones, midiendo la responsabilidad que hemos tenido en ellos. Tal reconocimiento, sin embargo, debe ser equilibrado y realista, porque la conciencia del pecado no debe confundirse con cierto *sentido patológico del pecado* por el que una persona tiende a no sentirse perdonada a pesar de recibir el perdón de Dios o del prójimo ofendido. En segundo lugar, el poder arrepentirse de estos actos. Finalmente, la intención de pedir perdón y reparar los daños y las ofensas (en la medida en que sea posible).

Se siguen de esto destacables bienes como la capacidad de corregirse constantemente y de adelantar en la vida a pesar de los errores cometidos; el reconciliarse prontamente con Dios y con el prójimo; la paz del alma (como insinúa Jesús en el premio que atribuye a esta bienaventuranza: “serán consolados”).

Por el contrario, la inmadurez en este plano acarrea importantes dificultades entre las que debemos destacar una terrible nota negativa para el alma: la falta de dolor por el pecado, que puede llegar a convertirse en un rasgo patológico; precisamente se denomina *psicópata* a la persona impasible ante el dolor que él mismo causa en los demás; al mismo tiempo, la falta de arrepentimiento o de empatía puede conducir a actitudes sádicas. Además, cierra el alma sobre sí misma y la pone contra Dios; hace imitar el principal rasgo psicológico de los condenados eternos, que es la falta de arrepentimiento de los males cometidos. Produce desolación y desesperación. Del falso sentido del dolor también se siguen males muy grandes como la pesadumbre patológica por las propias faltas, la incapacidad de perdonarse a sí mismo, o la tendencia a seguir revolviendo incesantemente culpas pasadas sobre las que Dios ya ha derramado su misericordia.

El sondeo del corazón debería pasar por preguntas como éstas: ¿cuál es mi actitud afectiva respecto de mis pecados?, ¿qué sentido de la responsabilidad tengo de mis actos?, ¿entiendo que además de arrepentirme debo reparar, en la medida de lo posible, los errores cometidos?, ¿esto lo hago con serenidad o tengo un sentido de culpa desproporcionado?, ¿soy consciente del dolor que causo en los demás?, ¿evito hacer sufrir a mi prójimo o su dolor me resulta indiferente?, etc.

En caso de detectar anomalías en este campo se debería trabajar en el sentido del pecado, en la humildad del corazón y en el olvido de sí. Y, en el caso de que existiera un sentimiento patológico de culpabilidad, el esfuerzo pasa por falta adquirir el verdadero sentido del pecado y la capacidad de perdonar.

(iv) “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”; o, de otro modo: “dichosos los que tienen aspiraciones de santidad, de virtud y de nobleza”. Esta bienaventuranza *sondea* nuestras aspiraciones y, consecuentemente, la madurez que éstas revelan: ¿somos indiferentes, mediocres o destacados en nuestra tendencia a la santidad?

Implica el deseo de santidad (*justicia* debe entenderse en este sentido); también la existencia en nuestro corazón de la vital virtud de la magnanimidad, pues se subraya el carácter de “grandeza” y “esfuerzo” al hablar de “hambre y sed” y no de simples “deseos” (es un deseo intenso, tenaz, esforzado). También comprende un deseo *total*, ya que esta bienaventuranza está expresada en el texto griego en acusativo (lo que manifiesta que se refiere a “toda la justicia” como si dijera: *los que tienen hambre y sed de toda justicia*) y no en genitivo (que indicaría una parte de justicia)⁵. No habla de aislados actos justos o santos, sino de la santidad en sí; la persona que tiene hambre y sed de santidad es aqué-

⁵ En algunas lenguas para expresar el hambre o la sed se utiliza lo que se denomina un “genitivo partitivo” cuando se quiere indicar que se desea “una parte de eso”, y se usa el acusativo cuando se pretende expresar que se quiere todo. Cuando en castellano decimos “quiero agua”, damos por supuesta esta regla y subyace bajo esta expresión simplificada el antiguo genitivo (que se expresaría “me da *de* agua”, o sea, “me da *un poco de* agua”); pero no decimos “quiero el agua”, porque esto daría la impresión de que se quiere toda el agua. Si el ladrón dice “deme *de su* dinero” (genitivo), daría a entender que quiere algo del dinero de su víctima; pero cuando dice “deme *su* dinero” (acusativo) es claro que quiere todo el dinero. En griego este segundo matiz, no partitivo, se expresa en acusativo. Este es, precisamente, el caso de esta bienaventuranza expresada en un acusativo que no pone límites.

lla que quiere ser santa, no la que aspira a realizar de vez en cuando algunos actos buenos.

Esta actitud conduce *efectivamente* a la santidad, porque el reino de los cielos sólo lo conquistan los esforzados (cf. Mt 11, 12); consecuentemente, es un signo de gran madurez espiritual. Además este deseo manifiesta una voluntad verdadera y efectiva, engendra una gran alegría espiritual y da verdadera paciencia en las dificultades cotidianas porque quien aspira a algo muy valioso considera de poca monta las dificultades que exige su consecución.

Por el contrario, quien carece de esta actitud manifiesta varios signos de inmadurez espiritual. Ante todo, el corazón apunta a ideales distantes del propuesto por Jesucristo. Si nuestros deseos más ardientes (es decir, los que nos inquietan, impacientan, que parecen ponernos hormigas dentro del cuerpo y no nos permiten dormir tranquilos hasta verlos realizados) *no se resumen en "ser santos"*, entonces, la santidad es, para nosotros, algo accesorio. Más aún, quizá haya sido descartada de la vida por considerarla poco apetecible o imposible. Pero la renuncia a la santidad es el primer paso hacia la desesperación. Cuando se carece de estos deseos, se comienza *inmediatamente*, aunque al principio quizá de modo inconsciente, a acomodarse a esta vida, a establecerse, a afincarse; es decir, a mundanizarse. De los apegos mundanos sólo nos saca un deseo ardiente de algo grande, santo o noble. Por otra parte, la falta de deseos ardientes es signo de pusilanimidad y engendra acidia espiritual.

El corazón se sondea preguntándose: ¿cuáles son mis principales deseos?, ¿qué sentimientos despierta en mí el pensamiento de la santidad: consuelo o fastidio; entusiasmo o desinterés; pereza, hastío, aburrimiento o, por el contrario, interés, ánimo etc.?, ¿trabajo seriamente en la santidad?, ¿tengo proyectos nobles, grandes, trascendentes o divinos?, ¿o vivo quizá una vida rastrera, conformada con un vuelo gallináceo, sin aspiraciones interesantes?

Cuando haya que trabajar en este tema, será necesario meditar sobre la santidad (naturaleza, necesidad, medios para alcanzarla, etc.), poner ante los propios ojos ejemplos encarnados de santidad que entusiasmen el corazón, y cultivar —contra la apatía— la caridad real y concreta.

(v) “Bienaventurados los misericordiosos”; o bien: “dichosos los que se apiadan del prójimo, los que se duelen de los males ajenos y buscan remediarlos, los que miran más las necesidades ajenas que las propias”.

Esta bienaventuranza propone la verdadera misericordia, que no se confunde con la *falsa* ternura. La palabra hebrea para designar la misericordia (*cheqed*) indica la capacidad de meterse en la piel de la otra persona para ver las cosas como las ve ella, sentir las como las siente ella, y sufrirlas como las sufre ella. Así fue la misericordia de Cristo, quien padeció entendiendo lo que sufrimos nosotros, desde “adentro” como dice el autor de la carta a los Hebreos (cf. Hb 4, 15). No se trata de una actitud meramente sensible, sino principalmente espiritual: es el dolor espiritual por el mal espiritual, que es el pecado o alejamiento de Dios. Por eso empuja a la acción, a remediar, en la medida de lo posible, el mal.

De ella se siguen innumerables bienes. Ante todo, es una de las actitudes que más embellecen el alma: el corazón misericordioso es el que más se parece a Dios, pues la misericordia es el atributo divino más percibido por los hombres, ya que todo cuanto conocemos de Dios, lo conocemos porque Él *misericordiosamente* se inclina hacia nosotros y nos abre su corazón y sus misterios. Esta cualidad también preserva de una de las enfermedades más corruptoras del alma humana: la *esclerosis espiritual o dureza de corazón*, es decir, la incapacidad de percibir el dolor ajeno. Asimismo da al alma una enorme delicadeza espiritual y afectiva para tratar a los demás: el verdadero misericordioso evita hacer sufrir al prójimo, porque su principal interés es aliviar el sufrimiento, no causarlo ni aumentarlo. Igualmente, hace amable a la persona y le da una gran capacidad de trato; por eso el misericordioso siempre es buscado y acogido con veneración, incluso por aquellos que profesan ideas totalmente diferentes (es notable, por ejemplo, como religiones discrepantes con el catolicismo, como el hinduismo o el islamismo, o ideologías que lo persiguen, algunas veces se han visto obligadas a respetar a quienes practican misericordia como ha ocurrido con la beata Madre Teresa de Calcuta en India y en China). Finalmente, la misericordia hace que la persona esté volcada hacia el prójimo y descentrada de sí misma evitando que gire sobre sus propios problemas; en tal sentido

es un resguardo contra las diversas formas de neurosis que brotan del egocentrismo.

La carencia de esta actitud genera la enfermedad espiritual y psicológica de la “dureza del corazón” o “falta de empatía”. También empuja a vivir volcados sobre los propios problemas con ojos abiertos exclusivamente a los sufrimientos de uno mismo; así puede engendrar numerosas formas de autocompasión y de neurosis.

Para sondear el corazón deberíamos preguntarnos: ¿soy indiferente al sufrimiento ajeno?, ¿soy, quizá, sensible al dolor de los demás pero incapaz de ayudarlos efectivamente?, ¿me preocupan más mis propios problemas que los ajenos?, ¿soy capaz de cargar con los sufrimientos de otros, a pesar de que esto suponga un peso extra para mí?, ¿pienso más en mí que en los demás?, etc.

Y en caso de notar defectos en este campo habría que trabajar en el olvido de sí, en la esencia de la verdadera caridad y en el sentido del sufrimiento.

(vi) “Bienaventurados los puros de corazón”. Si bien esta expresión ha sido diversamente interpretada por los comentaristas de las bienaventuranzas, consideraré aquí sólo una de sus acepciones: la referida a la pureza y a la castidad. En tal sentido equivaldría a decir: “dichosos los que aman y practican la virtud de la pureza”. La pureza/castidad es uno de los elementos esenciales de la madurez humana. La lujuria y la labilidad en el terreno sexual es manifestación inequívoca de inmadurez por ser una fijación sobre comportamientos púberes o pre-púberes.

Esta actitud implica la castidad no sólo en las obras exteriores, sino en las intenciones, pensamientos y deseos; o sea, la decisión positiva de ser puros, evitando jugar con el peligro en cualquier campo y grado; también supone el cultivo del pudor y de la mortificación exterior e interior. Pero, en cambio, nada tiene que ver con la actitud neurótica frente a la sexualidad que ve pecado donde no lo hay, o que se perturba por los movimientos indeliberados e involuntarios de nuestra naturaleza.

Demás está decir todos los bienes que se siguen de esta disposición: la práctica profunda de la castidad (que abarca toda nuestra afectividad) es causa de gran equilibrio para el alma, da serenidad al corazón y connaturalidad respecto de las realidades espirituales y garantiza una

maduración sexual homogénea y, eventualmente, una vivencia plena y armónica de la sexualidad dentro de la vocación matrimonial.

En cambio, la carencia de esta condición, —que se presenta en el vicio de la impureza en cualquiera de sus especies, incluida la impureza en las intenciones, en los deseos, en los pensamientos, en el devaneo con las ocasiones de pecado, en la curiosidad con lo que entraña peligro de sensualidad y lujuria, etc.— es uno de los desórdenes más destructivos y degradantes de la persona, porque fácilmente conduce a la conducta desordenada, se transforma en vicio, y puede convertirse en una adicción (en otros términos, tiende al agravamiento progresivo). Por lo mismo, produce insensibilidad ante el pecado: lo que en un comienzo se veía como malo, pasa fácilmente a tolerarse, a verse como “normal”, como “inevitable”, como “necesario”, etc. Y no es extraño que empuje a comportamientos antinaturales.

Si pretendemos sondear el corazón en este campo, además de considerar cómo juzgamos personalmente los desórdenes contra la castidad (muchos tienen juicios erróneos en esta materia), también deberíamos examinar nuestras disposiciones para poder vivir serenamente la virtud: ¿soy pudoroso?, ¿cuál es mi actitud frente a las ocasiones de pecado?, ¿me expongo innecesariamente?, ¿soy curioso en cuestiones relativas al sexo?, ¿soy laxo con mis pasiones, falto de mortificación?, ¿me concedo licencias que preparan el corazón a deslizarse en el pecado?, ¿soy mundano en mis pensamientos, gustos y miradas?, ¿veo televisión innecesariamente, o a solas?, ¿uso la televisión, el internet, el cine, etc., como escape del aburrimiento o de la soledad?, ¿cuido las miradas en los diarios, revistas, etc.?, ¿tengo lecturas mundanas, peli-grosas, que encienden mi imaginación?, etc.

En caso de que sea necesario educar la pureza del corazón, el trabajo debe realizarse en varios campos: cultivar el sentido del pecado, aprender a dominar la fantasía y los afectos, purificar la memoria y la fantasía por medio de la meditación, del estudio serio, etc.; también un sano y equilibrado trabajo físico: limpieza, deporte, etc. Y, sobre todo en positivo, hay que tener un ideal noble, vivir la vida de la gracia, practicar la caridad y la entrega por los demás.

(vii) “Bienaventurados los pacíficos”; es decir: “dichosos los que son capaces de reconciliar y de sembrar la paz en los corazones divididos”. Esta bienaventuranza no se dirige tanto a los “amantes de la paz” cuan-

to a los “hacedores” de ella. Es una de las cualidades más notables de un corazón maduro.

Esta capacidad supone la previa pacificación del propio corazón. Por aquí se empieza: sólo cuando se ha pacificado el propio puede sembrarse paz en los otros corazones. La paz de la que aquí hablamos es la del alma con Dios, y también consigo mismo. Es efecto de la gracia; *particularmente* nace del hacer la voluntad de Dios en cada momento. El esquivar la voluntad de Dios sobre nosotros *siempre produce inquietud, falta de sosiego y lucha interior*. Además exige aprender a callar muchas veces en que quisiéramos hablar, y hablar otras en que quisiéramos callar. También supone el arte de corregir bien y oportunamente (porque reprender fuera de tiempo, siembra rebeldía y discordia), ser pronto para pedir perdón a quienes ofendemos, perdonar siempre a los que nos ofenden, nunca hablar mal de unos delante de otros y poner siempre buen espíritu (es decir, alegría, bálsamo y serenidad).

De esta actitud se siguen provechos muy grandes: nos hace “hijos de Dios”, como dice el premio atribuido a esta bienaventuranza, porque nos hace reproducir una de las principales obras de Dios: hacer la paz. También nos asemeja a Cristo que vino a traer paz entre los hombres: “[Dios tuvo a bien] reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1, 20). El Mesías es llamado “príncipe de paz” (Is 9, 5).

En cambio, quienes están privados de este atributo suelen ser sembradores de discordia, murmuradores, chismosos, denigradores del prójimo, derramadores de tensiones en las comunidades o grupos, etc.

El corazón se sondea preguntándose: Cuando veo personas distanciadas o embroncadas entre sí, ¿me gozo de algún modo?, ¿trato de buscar la paz entre ellas?, ¿ahondo las heridas, “echando más leña al fuego”?, ¿soy murmurador o chismoso?, ¿soy pronto para pedir perdón y pronto para darlo cuando me lo piden?

Y se trabaja adquiriendo la caridad (es muy fructuoso leer, meditar y guiarse como plan de acción por el Himno de la Caridad de 1Co 13), vigilando las palabras, el espíritu que nos anima; meditando en el perdón, y aprendiendo a perdonar con prontitud.

(viii) “Bienaventurados los perseguidos por causa de Jesucristo”; o sea: “dichosos si nos rechazan por parecernos a Jesucristo”.

Esta última actitud, resumen de todas las demás, implica la aceptación y el amor de la Cruz sin patalear; es decir, amar la cruz y *elegirla*. Nos une a Jesús, que se ha hecho “Víctima” por nosotros; de hecho, esta bienaventuranza sólo se entiende correctamente cuando se busca la semejanza con Cristo.

Pero no debe confundirse con la persecución o los castigos sufridos por obrar mal, o con el rechazo del prójimo causado por nuestros defectos o nuestro mal espíritu. Hay muchos perseguidos a los que esta bienaventuranza no se aplica. De hecho, no se refiere a las personas que “se sienten perseguidas”, porque el que “se siente” perseguido ordinariamente no lo está; los verdaderos santos perseguidos no exageraban su condición de tales. Por el contrario, exige mucha alegría: “alegraos y regocijaos” dice Jesús; si no hay alegría, es decir, paz, conformidad con la voluntad divina, no se vive esta bienaventuranza incluso si la persecución fuese real e injusta.

De ella se siguen como bienes propios: la semejanza verdadera con Cristo crucificado y la fecundidad espiritual, pues toda la fecundidad apostólica se deriva de la cruz: “cuando sea elevado en alto, atraeré a todos hacia mí”, dice Jesús.

Así resulta claro que la carencia de esta actitud equivale a vivir la cruz amargamente y con inquietud y no entender el cristianismo. Dice San Pablo a los Tesalonicenses hablando de las persecuciones: “Bien sabéis que ése es nuestro destino” (1Te 3, 3-4). Otra versión traduce: “para eso estamos”. Al no asumir esta actitud, el cristiano vive amargado, porque la cruz es *inevitable* y estar en desacuerdo con lo inevitable es vivir a contrapelo. De ahí que de la incomprensión de esta verdad se siga el huir de todo lo que resulta crucificante. Otros reaccionan con abatimiento, bronca, resentimiento, o incluso con violencia ante la persecución o la calumnia. Los mártires cuando les anunciaban la persecución daban gracias a Dios. El inmaduro, cuando escucha que hablan mal de él, se enoja y enfurece. La falta de esta actitud nos asemeja al “mal ladrón” que fue crucificado con Cristo: su modo de llevar la cruz como una “maldición” es el modo en que cargan la cruz los que la rehuyen. La incomprensión de esta bienaventuranza también suele empujar a vivir la vida con amargura, a distanciarse de los planes de Dios, a perder la perseverancia en la vocación o la misma fe. Y en algunos casos puede producir trastornos psíquicos por vivir prolongadamente

en estado de rebeldía interior. Incluso podría precipitar enfermedades latentes tanto físicas (insomnio, hipertensión, gastritis, úlceras) como psíquicas.

Para sondear el corazón hay que demandarse: ¿cómo considero la cruz? Ante el dolor injusto (persecución, calumnia, críticas injustas, castigos desproporcionados, etc.), ¿cuál es mi reacción?: ¿alegría, conformidad con Dios y perdón para quien es la causa de este dolor? ¿O, por el contrario, pataleo, resentimiento, me siento incomprendido y despedido, injustamente desplazado, me quejo, murmuro de mis perseguidores (incluso cuando son mis legítimos superiores, mis padres, o mi cónyuge...), etc.?

Si hubiera que cultivarse esta actitud tendríamos que trabajar el sentido del dolor (puede ser muy útil la lectura y meditación del opúsculo de Don Carlo Gnocchi “Pedagogía del dolor inocente”⁶), contemplar y meditar el ejemplo de Cristo crucificado y la actitud de cada uno de los dos ladrones, viendo con cuál de los tres se identifica mi visión del dolor; finalmente, pedir mucho la conformidad con la voluntad divina.

* * *

Tenemos así perfiladas las líneas básicas y elementales de una personalidad madura.

⁶ Lo he publicado en: Miguel Fuentes, *El dolor salvífico*, San Rafael (2008), 4ª edición, 145-172.

3. Superar el individualismo

Mt 5,13-16

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para otra cosa que para ser arrojada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Según Jesucristo debemos ser sal y luz. Conocemos hermosísimos comentarios a estas dos breves parábolas. La aplicación que quiero hacer aquí, conforme al intento que nos hemos trazado en torno a la madurez, es muy simple: entiendo que Jesús enseña —además de muchas otras aplicaciones posibles que admiten sus palabras— que nuestra madurez (y a la postre, la felicidad) está ligada a la superación del individualismo que oprime al hombre como una de las consecuencias del pecado original.

(i) El ser humano es un ser de naturaleza social tanto en el orden natural (inclinado a vivir en sociedad con los hombres) como en el sobrenatural (inclinado hacia el cuerpo místico de la Iglesia). “Funcionar como corresponde” para el ser humano exige desarrollarse en función del bien del prójimo. Cuando algo no funciona según su naturaleza, según su íntima estructura, no sirve, se frustra, y sobreviene la infelicidad. Cuando el hombre no equilibra lo que hace en función de sí mismo con sus esfuerzos en bien del prójimo termina por fracasar en una de sus dimensiones esenciales. La madurez reclama el salir de sí mismo; pero no se sale de sí mismo sino cuando se busca algo distinto de sí: el prójimo.

(ii) Las dos metáforas son muy adecuadas, porque ni la sal ni la luz sirven para sí mismas. La sal no se sala a sí misma y la luz no se ilumina a sí misma. Una da sabor e impide la corrupción de los alimentos; la otra rompe las tinieblas y vuelve luminosas las cosas para ser vistas por los demás.

Cuando no cumplen esa función de servicio, pasan a tener otra humillante, como dice Jesús de la sal: sólo sirve para ser tirada fuera y pisoteada por los hombres. La sal, en efecto, sirve para que, arrojada en la superficie helada o sobre la nieve, no cuaje la nieve, se derrita el hielo y no patinen los transeúntes. Creo que la aplicación es obvia: si ya no somos capaces de dar sabor a este mundo insípido y evitar que se pudra, el Señor nos encontrará una función supletoria, útil para otros, pero poco honrosa para nosotros: serviremos de *anécdota* para que otros no patinen como nos ha ocurrido a nosotros: “Nos has hecho refrán, comentario y burla de todos los pueblos”, dice Tobías (Tb 3, 4). “Ojo, no les vaya a pasar lo que a Fulano o Mengano”. Todos los que están en el Infierno “sirven” para que no se condenen los que aún viven. Así los usó Dante, colocándolos de señales admonitorias. “Y tú, ¿por qué te condenaste?”. “Por tonto, porque hice lo que no debía hacer”. “Y tú, ¿por qué has sido tan infeliz? ¿por qué has fracasado? ¿por qué has arruinado tu vida?”. “¿Quizá porque te faltaron oportunidades de ser santo, de ser feliz, de *realizarte*...?”. “¡Qué va! Mirando para atrás veo que dejé una oportunidad en cada esquina de la vida”.

(iii) Una vez que la sal pierde su sabor, ocurre algo terrible: “ya es tarde”. El poeta Tennyson pone en boca de una que descubre demasiado tarde el precio del pecado:

¡Late, late so late! and dark the night and chill!
Late, late so late! but we can enter still.
Too late, too late! ye cannot enter now”.

¡Tarde, tarde, demasiado tarde! ¡Y la noche es oscura y fría!
¡Tarde, tarde, tan tarde! Quizá podemos entrar todavía.
¡Muy tarde, muy tarde! Entonemos la amarga elegía.

Lo mismo se diga de la lámpara: debe iluminar a los que viven en la casa. Los hombres son lámparas cuando sus actos iluminan al prójimo, cuando “brillan”. O sea, esclarecen el camino y glorifican a Dios, porque la primera condición para brillar es dejar en claro que la luz que

tenemos viene de Dios. Cuando hacemos las cosas para que crean que el lustre que nos adorna proviene de nuestra industria, ya no alumbramos, sino que oscurecemos las conciencias. Así, madurez es reconocer lo que tenemos participado de Dios. Inmadurez, en cambio, es creer que es nuestro. La madurez no puede existir sin humildad.

(iv) Con estas dos parábolas Jesús nos recuerda la dimensión social y comunitaria de su “camino”, es decir, de la religión que Él fundó. Si queremos ser cristianos cabales tenemos que pensar en hacer el bien a los demás. Si pensamos en ser útiles sólo a nuestra propia causa, o a nuestra familia, o a nuestra patria *y nada más*, ya no somos de Cristo. Jesús fue *católico*, es decir, universal: “tengo otras ovejas que no son de este redil”; “Id y predicad a todas las gentes”.

(v) Todo límite que queramos poner a nuestra luz es un canasto que ponemos encima de la luz. Nuestro canasto puede ser pequeño como nuestro corazón, o grande como nuestra casa (familia). Pero siempre es un canasto. Cuando una llama arde dentro de un espacio cerrado va consumiendo poco a poco el oxígeno, y termina por usarlo todo, después de lo cual se apaga. El tamaño del canasto o de la campana debajo de la cual ponemos nuestra vela sólo determinará que ésta se apague antes o después. Pero siempre terminará por ahogarse.

Éste es el motivo por el cual tantos cristianos se sienten frustrados y no comprenden la razón. Sienten que su vida se asfixia, que el aire espiritual que respiran está enrarecido, que arden cada vez menos. ¡Y no saben la razón! La cual no es otra que la que advirtió Jesucristo: arden sólo para sí mismos. Jesús dijo: “que alumbre a todos los de la casa”. Esa casa es el mundo entero.

Dicho de otro modo: dar fruto es propio del cristiano y de todo hombre: sea ese fruto dar sabor o frenar la corrupción, como la sal; o bien iluminar, como la antorcha.

Cuando la fe se ahoga en el individualismo, en el interés limitado a sí mismo (incluso si ese interés fuera tan importante como la propia salvación), la fe se muere. Juan Pablo II dijo: “la fe se fortalece dándola”. Mientras la estatua de Buda mira eternamente su ombligo, la del general San Martín apunta a las nevadas cordilleras.

4. Unidad y plenitud de la persona

Mt 5,13-16

No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo suceda. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos.

Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano “imbécil”, será reo ante el Sanedrín; y el que le llame “renegado”, será reo de la gehenna de fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda. Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia, y te metan en la cárcel. Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo.

Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna.

También se dijo: El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio.

Habéis oído también que se dijo a los antepasados: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo digo que no juréis en modo alguno: ni por el Cielo, porque es el trono de Dios, ni por la Tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey. Ni tampoco jures por tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”; “no, no”: que lo que pasa de aquí viene del Maligno.

Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda.

Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.

Esta extensa sección contiene muchas enseñanzas morales y dogmáticas. Pero como sólo nos interesa la idea de la madurez humana que late en el fondo de las palabras de Nuestro Señor, me limitaré a pocas pinceladas.

(i) Ante todo, resalta en este texto una gran verdad: Nuestro Señor busca la *unidad de la persona*. Jesús, en efecto, afirma su relación con la ley divina dada a los judíos presentándose como *consumador o perfeccionador* de la misma. Él no ha venido “a abolirla”, dice, sino a darle cumplimiento. El cumplimiento llega extendiendo la influencia de la ley

a la fuente de la persona: su *interioridad*. Los judíos anteriores y contemporáneos de Cristo sólo atendían en la ley a la normativa sobre los actos externos del hombre: “Habéis oído que se dijo” (téngase en cuenta que no se refiere siempre al texto legislado por Dios en el Antiguo Testamento sino también a las tradiciones rabínicas, como es patente en el último párrafo —“habéis oído: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”— que no está en ningún lugar de la Escritura pero sí en las enseñanzas orales de los maestros judíos); todas estas normas que sus oyentes “habían oído decir” son normas que rigen los actos externos del hombre: no matar, no adulterar, divorciarse únicamente cuando la ley lo permite, cumplir los juramentos, practicar la justicia estricta, amar al prójimo y odiar el enemigo, etc.

Jesucristo *supera* esos “límites” exigidos por la debilidad humana llevando el orden y la madurez a las fuentes del obrar humano: el corazón. “Habéis oído, pero *yo os digo en cambio*”. No es una oposición entre la ley antigua y la nueva, salvo en los casos en que tal ley antigua no sea, en realidad, ley divina sino ley humana (o sea, las interpretaciones rabínicas, como ya hemos dicho). No hay oposición porque la ley antigua preparaba la venida de Cristo y Éste es su natural cumplimiento; aquélla era la sombra que prefiguraba la realidad. Mas la prefiguración es imperfecta pero no falsa; dice una verdad de modo todavía confuso. Jesús es la claridad total. Él puede exigir más porque también Él es la fuerza que ayuda a cumplir esa ley. Por eso decimos que la ley antigua era limitada en razón de la debilidad del corazón humano; precisamente de uno de los puntos que Jesús supera en este discurso (el divorcio) dirá más adelante: “[Moisés] escribió este precepto [el acta de divorcio y el permiso de repudio de la esposa] teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón” (Mc 10, 5), “pero al principio no fue así” (Mt 19, 9).

Las exigencias de Cristo, pues, llegan al interior del hombre, por eso, para Él:

- El hombre bueno no es ya quien no mata (ni roba y todos los demás actos contra el prójimo que podemos relacionar con éste) sino el que depone su ira interior, perdona y pide perdón, y pone los medios para reconciliarse con su enemigo.
- No es ya el que no comete adulterio (ni el que no fornicar, ni manosea, ni habla indecentemente, etc. y todos los demás actos que podemos colocar bajo este mismo ámbito de pecados), sino el que ordena sus

deseos interiores, la mirada interior que tiene por objeto a la mujer (o a cualquier prójimo) como una mirada y un deseo respetuoso, cargados de pudor y reverencia.

- No es ya el que repudia a su mujer pero respetando rigurosamente lo indicado por la ley, sino quien no la repudia de ningún modo sino que, por el contrario, le es fiel, la perdona si ella peca, pide perdón si peca él, y mantienen su unidad hasta que la muerte los separe.
- No es ya el que no perjura ni deja sin cumplir sus juramentos, ni tampoco el que, habiendo jurado, cumple con fidelidad, sino el que se ha compenetrado tanto con la verdad que no necesita jurar para defender su palabra; él es naturalmente fiel a lo que dice, aunque no jure. Su “sí” es un “sí” verdadero y absoluto; su “no” es un “no” categórico. No es un hombre de palabra ambigua.
- No es ya el que castiga sin desmedirse; sino el que perdona con magnanimidad, el que supera las deudas que en justicia puede exigir con el perdón y la condonación generosa.
- No es el que ama al que estrictamente lo merece por razón de sangre, amistad, beneficio o raza. Sino el que abraza a todos en su amor, sin excepciones, incluso a quienes no lo merecen.

Decía más arriba que con esto Nuestro Señor apunta a la *unidad de la persona*. La vieja manera de vivir las exigencias morales (desde lo exterior) implica un *quiebre* en la persona: la vida exterior es algo independiente del mundo interior. Jesucristo, en cambio, apunta a una ecuación donde la persona pueda expresarse así: pensamiento = deseo = acción. La acción externa es expresión de los deseos del corazón y éstos son la expresión volitiva de los juicios del pensamiento.

Más aún, el principal trabajo habrá de tener lugar en el plano de los juicios de valor de nuestro pensamiento porque es según éstos que deberemos desear, amar y odiar, y, en consecuencia, actuar.

(ii) Podemos decir que los juicios de valor que *corrige* o *eleva* Jesús en esta sección del Sermón de la montaña son seis (que sirven de modelo a todos los juicios posibles):

- No sólo es valiosa la vida física del prójimo (no matarás) sino su fama, su dignidad y su persona toda. Por eso tampoco debo insultarlo, suscitar su enojo o vivir enemistado con él. ¿Reconozco en él la imagen de Dios (cf. St 3, 9) o no?

- No sólo es valiosa la pureza externa del cuerpo que se mancilla con el contacto sexual indebido, sino también el alma, la fama, y la dignidad de toda persona. El cuerpo se profana con el contacto físico; pero el honor y la dignidad se degradan con la mirada impura y el deseo impuro. ¿Reconozco en el prójimo el “santuario del Espíritu Santo” (1Co 6, 19) y lo trato como tal?
- No sólo es valioso el matrimonio mientras dura la fidelidad, la armonía y el amor; sino siempre, a pesar de la infidelidad y del desamor. Porque ya no hay dos sino una sola carne, y nadie puede dividir lo que es uno. ¿Entiendo la profundidad del matrimonio como sacramento (imagen) del amor indisoluble de Cristo hacia la Iglesia (cf. Ef 5, 32)?
- No sólo es valiosa la palabra que es sostenida por un juramento sino cualquier palabra que sale de nuestra boca, si es que el hombre se ha desposado con la verdad. Todo el hombre debe ser “de la verdad” (Jn 18, 37: “Todo *el que es de la verdad*, escucha mi voz”). ¿Entendemos que sólo la verdad nos hace libres (cf. Jn 8, 32)? ¿Somos *de* la verdad?
- No sólo es valiosa la justicia estricta que no exige más de lo que se debe y no castiga más de lo merecido como una ecuación de matemáticas exactas, sino también, y sobre todo, la magnanimidad y el perdón generoso. ¿No nos amó Dios a nosotros cuando todavía éramos enemigos (cf. Rm 5, 10) y no nos ha perdonado, acaso, cuando éramos más bien objeto de cólera (cf. Ef 2, 3-5)?
- Finalmente, no sólo es valioso el amor que nace en nuestro corazón por los buenos y dignos de ser amados, sino también el amor de los malos, de los enemigos y de los que nos persiguen. ¿No obra así Dios Padre haciendo salir el sol tanto sobre los malos como sobre los buenos, sin tomar en cuenta que los primeros son desagradecidos y malcriados?

(iii) Al cambiar nuestros juicios de valor sobre estas realidades, también cambian las inclinaciones de nuestro corazón, pues se ama lo que se valora y se desea lo que es considerado como bueno y conveniente.

Se realiza, así, la superación de la fractura de la personalidad en la que los pensamientos y deseos (vivencia interior) van por un lado, y los actos externos van por otro. Tanto el hombre que obra correctamente en lo exterior, pero no así en su corazón, como el que obra bien en su interior pero sus actos externos no traducen ese mundo interno, son seres fracturados, aunque quizá por motivos diversos. El que piensa, valora, juzga y ama mal, pero obra educada y correctamente, es un

hipócrita; un sepulcro blanqueado. El que se inclina caballerosamente ante una mujer pero la desnuda con su deseo o su pensamiento es un profanador, aunque sus manos y su boca no hayan tocado ni la punta de un cabello de su víctima. En el otro extremo, el que piensa, valora, juzga y ama bien, pero obra exteriormente sin educación y respeto, o simplemente no obra, se bloquea, se paraliza, es un tímido, un pusilánime, o incluso un acomplejado que siente insuperable vergüenza o temor de manifestar externamente sus buenos sentimientos y deseos; puede ser ésta la manifestación de algún complejo de inferioridad. En ambos casos tenemos una ruptura entre lo exterior y lo interior.

(iv) Por otra parte, Jesucristo no sólo apunta a la *unidad de la persona* sino también a la plenitud de su desarrollo. La superación de la ley que establece Jesús en su “nueva ley” no sólo va en la línea del triunfo de la interioridad, sino también en la conquista del “máximum”. En efecto, la ley puramente exterior es una ley minimalista: el respeto por la vida del prójimo es lo mínimo que debemos hacer por aquél; el no intentar seducir la mujer del prójimo es lo mínimo que debemos hacer por ésta; el no repudiar a nuestra esposa sin motivos serios es lo mínimo que debemos hacer por nuestro matrimonio; el cumplir lo que hemos sellado bajo juramento es lo mínimo que debemos hacer con nuestros compromisos serios; el limitarnos a romperle un solo diente al que nos rompió nada más que un diente es lo mínimo que podemos hacer para no traspasar la justicia; el amar a quienes nos aman es lo mínimo que podemos hacer en la práctica del amor. En ninguno de estos casos se menciona el *máximo*. Precisamente Jesucristo apunta al máximo en cada uno de esos órdenes (los cuales se proponen sólo a modo de ejemplos pero no son los únicos ámbitos de la vida a los que debe aplicarse).

El minimalismo en el que viven muchos cristianos es una tragedia. Es la experiencia de vivir replegados. Se manifiesta en muchas actitudes que revelan el deseo de vivir encorsetados; como los que preguntan, por ejemplo: “¿hasta dónde pueden llegar las afectuosidades de los novios sin que se consideren pecaminosas?”, “¿cuánto es el mínimo de limosna que debemos dar?”, “¿hasta qué momento de la misa se puede llegar tarde sin perder el cumplimiento del precepto?”, “¿cuáles son los días de ayuno absolutamente obligatorios?”, “¿hasta cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano?”, “¿hasta dónde puede la mujer mostrar su cuerpo sin llegar a ser escandalosa?”, etc. Las personas que

razonan así, creen que esto les da más campo de acción. En realidad de este modo se restringe el margen de acción. Porque la acción que da vida y plenitud no es la que está de este lado del alambrado sino del otro. No es “ayudar al pobre gastando poco” lo que me hace mejor, más bueno, más libre, más perfecto, más feliz, sino el “gastar en los necesitados todo lo que podamos sin faltar a la prudencia”; no voy a ser más feliz quedándome quince minutos más en la cama especulando con que puedo llegar a misa cuando vaya promediando el sermón, sino que me sentiré gozoso cuando consiga estar quince minutos antes de comenzar la misa preparándome para vivirla en plenitud, etc.

Los “hombres del mínimo” quieren respirar a pulmón pleno con una camisa tan pequeña que los ahoga. Tienen una idea muy equivocada del hombre y no aprenden de Dios, que siempre vive del máximo: crea infinitas especies que jamás podremos llegar a conocer, ha hecho más estrellas de las que pueden contar los hombres, ha hecho un universo que ningún telescopio puede abarcar y tan grande que el hombre no tiene ni imaginación ni inteligencia para calcular, hace salir el sol sobre los buenos y los malos, nos da una capacidad infinita de conocer, una capacidad infinita de amar, nos ha dado a su propio Hijo, y Éste derramó hasta la última gota de su sangre por nuestra salvación.

El minimalismo condena a la inmadurez y causa amargura porque siempre respira el aire enrarecido de la mezquindad; el maximalismo, padre de la madurez, hace a los hombres plenos y felices, porque equivale a conquistar una cumbre en cada acción, incluso en las triviales.

5. Vivir de cara a Dios

Mt 6,1-6. 16-18

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no lo vayais trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (...)

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Otro factor determinante para medir la madurez tanto en el plano humano como en el sobrenatural es la *dirección en la que vive la persona*. Sólo se puede vivir en una de dos direcciones: de cara a Dios o de cara al mundo. Cuando digo “de cara”, evidentemente me refiero a la “cara” interior: al corazón.

(i) Nuestro Señor, en el Sermón de la montaña, contrapone dos expresiones. Una es “delante de”, la otra, “en lo secreto”.

“No practiques tu justicia (es decir, tus actos buenos) *delante de* los hombres”; “no vayas trompeteando que has dado limosna *delante de...*”. Quien obra “delante de” busca ser visto y ser honrado, como indica el mismo texto.

Jesús manda, en cambio, que uno obre “en lo secreto”. “Entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta” (porque algunos dejan la puerta o la ventana entreabierto para seguir obrando *delante de* los que miran y espían) “ora a tu Padre”.

En el primer caso nos encontramos frente a un público formado de hombres: los hombres que ven, que alaban, que juzgan humanamente, que nos recompensan con sus elogios y nos adelantan la paga que hubiéramos recibido en la vida eterna, pero con moneda terrena: una glorificación efímera que desaparece no ya con la extinción de los hombres, sino tras un escaso lapso de tiempo. Los aplausos de hoy nos vienen de los mismos que al día siguiente nos abuchearán. Seguramente entre los que aclamaron la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén y los que una semana más tarde pidieron su muerte, había muchas caras repetidas.

En el segundo caso quien nos observa es el mismo Dios. Porque Dios está “en lo secreto”. Hay dos cosas muy curiosas en esto. La primera es la insistencia de esta expresión: aparece cinco veces en el sermón de la montaña. Lo segundo, Jesús nunca dice “Dios”, sino “tu Padre”. Es el Padre quien *está en lo secreto* y quien *ve en lo secreto*. ¿Qué es lo que comunica el Padre en lo secreto? Entre otras cosas (lo más específico) es su propia paternidad; en lo secreto Dios se nos manifiesta precisamente como Padre. Es evidente que “el lugar secreto” al que alude nuestro Señor no es la soledad de la habitación; es la intimidad del corazón (la interioridad de la que ya hemos hablado), por un lado, y la humildad como actitud espiritual y moral, por otra.

(ii) Esta actitud también manifiesta la finalidad de nuestros actos. ¿Para qué o para quién obramos? ¿Para los hombres o para Dios? No es la cualidad de las obras la que revela el fin de ellas sino aquél de quien espero la respuesta o la recompensa. Mis obras pueden ser sobrenaturales, como un acto de limosna o una oración, pero si las hago esperan-

do agradar a los demás, o para convencerlos de que soy una persona espiritual o un santo, todavía estoy actuando *de cara a los hombres*. Si obro ocultando mis méritos (¡no las obras que a menudo deben brillar como la ciudad puesta sobre un monte, como dice el mismo Cristo!) y sólo las comunico con Dios, entonces vivo *de cara a Dios*. Esto distingue al hipócrita del humilde, y también distingue al falso místico del verdadero. El falso es un hombre consagrado al público. Jamás ha habido un místico postizo que no hiciera conocer al gran público, de un modo o de otro, sus favores “divinos”. A los místicos verdaderos los favores divinos había que arrancárselos apelando a la obediencia. Por eso el P. Pío de Pietrelcina no mostró sus estigmas al P. Agostino Gemelli, a pesar que podía preverse que este último reaccionaría dudando de ellos y divulgaría que eran falsos; pero el célebre ex-psiquiatra (para aquel entonces franciscano conventual) no traía autorización de Roma, y sólo la obediencia religiosa obligaba al capuchino a mostrar lo que había *entre el Padre celestial y él*. Era “lo secreto”.

(iii) Buscar la aprobación de los hombres no quiere decir exclusivamente esperar que los demás nos aprueben o nos alaben. Pueden darse diversos grados y modos.

Puede reducirse a la *curiosidad sobre qué piensan los demás de nosotros*; el deseo de saber cómo nos tienen catalogados.

Puede también convertirse en una búsqueda de notoriedad, fama o gloria. Tal vez en el ser tenidos como buenos.

Puede reducirse también a una forma bastante frecuente: buscar que las miradas de los otros caigan sobre nosotros. Que vean cómo trabajamos, cuánto nos esforzamos, o, lo que es más común, *cuánto sufrimos*. Por eso el Señor advirtió: “Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan”.

¡Cuántas expresiones manifiestan este afán de ser vistos, de ser considerados, de ser elogiados, o de ser consolados! ¡Cuántas caras demacradas, largas, tristes, de ojos perdidos, colores sombríos, etc., que no son más que “poses” que exageran dolores quizá ordinarios, pequeños, o comunes a la generalidad de las personas, pero con los cuales se busca que los demás vean *cuán probados somos, qué grandes cruces*

llevamos sobre los hombros, qué crucificados estamos en esta vida! Esto puede llegar a suscitar, a menudo, actitudes histéricas y narcisistas.

El que realmente trabaja en la virtud, huye de los ojos ajenos. Porque ser virtuoso es interesarse por Dios, y estar convencidos de que los ojos ajenos arruinan nuestra intimidad con Él. Santa Teresa del Niño Jesús lo expresaba diciendo: “hay flores que cortadas del jardín del alma, pierden todo su perfume”.

(iv) Pero Jesús exige todavía más. “Lo secreto” es, para Él, algo muy estricto. No sólo excluye el público externo, sino también el interno: es decir, *nosotros mismos*. Por eso aclara con gusto semítico: “que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha”. Con esto evita que estemos centrados sobre nosotros mismos, admirándonos de nuestros dones y, en cierta forma, aplaudiéndonos a nosotros, o consolándonos a nosotros mismos con un macabro sentimiento de autocompasión. Y busca lo contrario: que podamos centrarnos principalmente en Dios. Los que todo el día se miran al espejo (sea éste un espejo material o sea sencillamente la propia conciencia) viven ensayando poses. Es indudable que es difícil renunciar a la aprobación de los demás; el orgullo que llevamos como impronta del pecado original nos la hace buscar *casi instintivamente*. Pero ocurre que, habiendo vencido con mucho esfuerzo este afán de vanagloria, a muchos les queda clavada todavía la espina de la propia *auto*-aprobación. Y esto es un signo de inmadurez. San Pablo escribe a los corintios: “Aunque a mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. ¡Ni siquiera me juzgo a mí mismo! Ciertamente que mi conciencia nada me reprocha; mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor” (1Co 4, 3-4).

Exige, pues, el “olvido de sí mismo”.

(v) No quiere decir esto que no examinemos nuestra conciencia. San Ignacio, en sus reglas de discernimiento, pone como reacción contra la desolación el “instar más... en mucho examinar” (EE, 319). Pero examinar la conciencia *sanamente* es inspeccionarla para ver si hemos sido engañados por el demonio, si hay cosas para corregir o dones de Dios para profundizar y aprovechar más. No es el mirarnos para descubrir *lo bien que hemos obrado*, ni mucho menos para buscar *la aprobación* de nuestra conciencia, que es lo que hacen quienes quieren *sentir que están obrando bien*. El hombre maduro es el que confronta su actuación con una regla objetiva de acción (los mandamientos divinos,

sus deberes de estado, lo que le ha impuesto la obediencia religiosa, las reglas del lugar donde vive, las sanas costumbres admitidas, etc.) y luego *se desentiende* de sus estados anímicos. La personalidad inmadura busca principalmente (y a veces exclusivamente) la aprobación de sus sentimientos. Quiere sentirse seguro, tranquilo, quiere (como suele decirse) “encontrarse a sí mismo”, etc.; y esto equivale a confrontarse con una *regla subjetiva* cambiante y engañosa. En el caso del hombre maduro, éste queda a solas con Dios, porque toda regla objetivamente buena es una participación de la ley de Dios, y por tanto, se pone de cara a Dios. El inmaduro, en cambio, vive a solas consigo mismo, con su inacabable subjetividad. Por eso esta inmadurez puede afectar tanto al hombre público como al monje e incluso al ermitaño; porque podemos desprendernos de las miradas de los otros, pero quedar todavía atados por la propia mirada, lo que nos frena para interesarnos sólo en Dios. Y, sin embargo, sólo en este punto de “desprendimiento” el Padre nos comunica su corazón.

6. Madurez y oración

Mt 6, 7-17; 7, 7-11

Y al orar, no charlés mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan cotidiano dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

(...)

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O hay acaso entre vosotros alguno que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!

El hombre maduro es un hombre de oración: la oración manifiesta la madurez del hombre o lo hace madurar; se entiende que hablamos de la oración “seria”.

(i) Nuestra oración pone de manifiesto el grado de la madurez de nuestra relación con Dios. Porque nuestro modo de orar descubre cómo concebimos a Dios y cómo es nuestra religiosidad. Analizando nuestra oración quizá nos descubramos muy inmaduros; por ejemplo: si predominan en nosotros formas de religiosidad y de oración exclusivamente sentimentales y exteriores; si reducimos la oración a fórmulas;

si nuestra oración se parece más bien a un contrato “*do ut des*” (yo doy —mi plegaria— para que tú me des lo que pido); si buscamos más bien consuelos o soluciones mágicas sin contar con nuestro esfuerzo personal; y, sobre todo, si lo que decimos en nuestra oración es incoherente con el tenor de nuestra vida y con nuestro *compromiso* con Dios.

También puede traslucir una imagen distorsionada de Dios o incluso la ausencia de Dios. Si nos cuesta hablar con Dios como Padre tierno y personalísimo (como se revela en la expresión Abbá, “Papá” – “Papito”, usada por Jesús); si lo vemos más bien como severo y justiciero (como ocurre con frecuencia con las personas escrupulosas), o si simplemente nos cuesta comprenderlo como presente en nuestro corazón. Para muchos cristianos, incluso religiosos, la oración es algo vacío, o es un momento donde se reflexiona (medita) sobre Dios o sobre el hombre, pero no es el acto en el cual *se habla a Dios y se escucha a Dios*.

(ii) Del texto del Padrenuestro y de cuanto dice san Mateo en el pasaje del cap. 7, 7-11, podemos comprender seis características propias de la oración de una persona madura (evidentemente, Jesús describe su propia experiencia de oración):

(a) Es confiada, es decir, segura. El modo de nuestra oración manifiesta nuestra confianza. “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá”. El Señor asegura, promete y certifica. ¿Confiamos ciegamente en el valor de nuestra oración? “Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: «Desplázate de aquí allá», y se desplazará, y nada os será imposible” (Mt 17, 20). La confianza es signo de madurez. El inmaduro, entre otras cosas, es dubitativo y desconfiado.

(b) Es decidida. “Pedid, buscad, llamad”. Es una actividad del alma que se ejecuta con decisión y firmeza. Exige vencer la pereza espiritual, llamada acidia, que se asusta ante toda actividad espiritualmente exigente y laboriosa. Quien quiera rezar pero sin esforzarse, no reza: dormita.

(c) Es constante. Los verbos imperados por Jesús no conocen límite. No se dice “de vez en cuando”, o “cada tanto”. Se habla como si fuese una actividad incesante. Barclay traduce este versículo de la siguiente manera: “Seguid pidiendo hasta que se os dé; seguid buscando hasta que encontréis; seguid llamando hasta que os abran”. Y lo fundamenta diciendo: “En griego hay dos clases de imperativo; está el imperativo

aoristo, que formula una orden definida. Un ejemplo de imperativo *aoristo* sería: ‘¡Cierra la puerta cuando entres!’. Pero está además el imperativo *presente*, que formula una orden de hacer algo siempre, o continuar haciéndolo. Un ejemplo de este último sería: ‘cierra la puerta siempre que entres’. Los imperativos en este texto evangélico son imperativos *presentes*; por tanto Jesús está diciendo: ‘Sigue pidiendo; persiste en buscar; insiste en llamar’”. La persona inmadura se desanima al ver que sus pedidos no obtienen respuesta inmediata; cuando pide pero Dios dilata su contestación. ¿Cuánto tiempo hizo rezar Dios a Abraham para concederle el hijo que Él mismo le había prometido? ¡Veinticinco años!

Además, Dios nos exige orar permanentemente porque en el desarrollo armonioso de la vida del hombre, descubrir que la vida humana es un dialogo permanente con nuestro Creador y Padre juega un papel fundamental. Jesús oraba sin cesar. Hemos hablado más arriba de “vivir de cara a Dios”. El hombre, al llegar a la madurez descubre que es un interlocutor de Dios (“*partner* del Absoluto”, dijo Juan Pablo II), o mejor, que Dios es su único interlocutor absoluto. El corazón humano siempre está diciendo cosas que no pueden comprender ni responder adecuadamente los otros hombres sino sólo Dios. “Mi corazón está inquieto”, escribe San Agustín. Una inquietud que no halla sosiego fuera de Dios. El hombre es inmaduro cuando es un hombre “mudo” en su dimensión más profunda, aquella donde se cuestiona las cosas más fundamentales de su existencia a las que sólo Dios puede responder.

(d) Pero no es palabrera: “al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados” (6, 7). Los paganos tenían la costumbre de orar repitiendo hasta el cansancio fórmulas que terminaban por producir una especie de auto-hipnosis. En su desafío con Elías los profetas de Baal se pasaron medio día saltando y gritando: “¡Baal respóndenos!”, hasta caer en una especie de delirio diabólico (cf. 1Re 18, 26-29). Y lo mismo se dice del gentío efesino que estuvo dos horas gritando: “¡Grande es la Artemisa de los efesios!” (Act 19,34). Algo semejante sucede en algunas religiones modernas y en ciertas tergiversaciones litúrgicas. También muchos judíos oraban de este modo. Jesús enseña que esto es lo contrario de la verdadera oración. El inmaduro puede ser charlatán, palabrero, locuaz, verboso, pero vacío de palabras interiores, de conceptos preñados de sentido y de respuestas existenciales; porque éstas sólo se pueden encontrar en

el diálogo con Dios. Para orar bastan pocas palabras, incluso una sola: es la palabra del corazón que mira a Dios en un acto de adoración.

(e) Es filial. El fundamento de la confianza es la convicción de estar tratando con nuestro Padre. Precisamente no podemos dudar de ella *porque* consiste en pedir cosas necesarias a nuestro Padre. ¿Puede Dios, siendo Padre, hacer otra cosa que escucharnos?

(f) Es ordenada, como se ve en la estructura del Padrenuestro: lo primero es lo primero, lo segundo es segundo, y no se puede alterar el orden. Y esta idea nos introduce ya en el Padrenuestro.

(iii) En efecto, el Padrenuestro enseña cuáles son los deseos del hombre maduro y el orden de sus esperanzas. No hay nada superfluo en el hombre equilibrado ¿Cuáles son sus preocupaciones?

(a) Ante todo, Dios. Primero las cosas de Dios; sólo después las propias del hombre. El inmaduro antepone sus cuitas y sus deseos a las cosas divinas. ¿De qué se preocupa el maduro? (1) De la gloria de Dios; (2) de la primacía de Dios sobre todas las cosas (su reinado); (3) de la voluntad de Dios (o sea, el plan divino; especialmente del plan sobre él mismo). He ahí las tres primeras peticiones que enseña Jesús.

(b) Sólo después viene lo necesario para el hombre, sintetizado en una palabra (“pan cotidiano”) que resume lo necesario para el cuerpo y para el alma. El hombre maduro no es ansioso ni desconfiado; por eso no aclara qué es lo que cotidianamente necesita. Pide el “pan”, es decir, “lo que Tú sabes que me hará falta hoy”. “Tú sabes”. Es un acto de gran confianza. Nuevamente el fundamento de la confianza es la paternidad divina. Por eso dice el Señor: “¿Hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!”

(c) Luego pide la armonía —reconciliación— con Dios (“perdona nuestros pecados”); y el hombre maduro sabe que el perdón debe pedirlo a semejanza de *como él mismo perdona a los demás*. Sólo un inmaduro puede esperar que Dios lo perdone a él al tiempo que él mismo es cruel o duro con los demás.

(d) Finalmente pide la liberación del mal, tanto la protección para no ceder a las tentaciones, como el terminar dominados por el Diablo (el Malo), lo que sucede con el pecado. El hombre maduro sabe que la tentación es inevitable en la vida, que es parte de su lucha cotidiana; por eso no pide que se le ahorren las tentaciones sino *no caer en ellas*.

(iv) Las personas inmaduras se delatan fácilmente en las prioridades de sus deseos o en las cosas que están “ausentes” de sus peticiones. En el inmaduro el centro de sus preocupaciones suele ser el “pan”, lo necesario cotidiano; o suele pedir perdón pero sin disponerse él mismo a dar el ejemplo perdonando de corazón a los demás (“de corazón” quiere decir sin exigir nada a cambio, es decir, así como nosotros esperamos que Dios nos perdone); o bien quiere ser librado de la tentación, es decir, ser eximido de la prueba (y no de la caída), demostrando que desconoce la realidad humana y la economía divina. Y, sobre todo, la inmadurez se muestra en que Dios no ocupa, para tales personas, el centro de sus pensamientos y de su corazón: para ellos Dios es un nombre dentro de un hermoso corazón grabado en la corteza de un árbol, pero no es la sabia que le da vida.

7. Nuestros jueces portátiles

Mt 6, 14-15; 7, 12

Si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los demás hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

(...)

Por tanto, cuanto queráis que os hagan los demás hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas.

Jesús formuló en este párrafo la llamada “regla de oro” (7, 12).

(i) Pero de esta regla se conocen dos versiones. Una más extendida entre los antiguos tiene forma negativa, como se lee, por ejemplo, en el libro de Tobías: “no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti” (Tb 4, 15). Esta formulación ha sido patrimonio de la humanidad, porque se desprende del común sentido. Por ejemplo, es uno de los principios básicos de Confucio. Tsze-Kung le preguntó: “¿Hay alguna palabra que pueda servir de regla de conducta para toda la vida?” Confucio dijo: “¿No sería tal palabra *reciprocidad*? Lo que no quieres que te hagan, no se lo hagas a otros”. Lo mismo sostenían los griegos y los romanos. Sócrates relataba que el rey Nicocles aconsejaba a sus oficiales: “No hagáis a otros lo que os irrita a vosotros cuando lo experimentáis a manos de otras personas”. Epícteto condenaba la esclavitud sobre el principio siguiente: “Lo que vosotros evitáis padecer, no tratéis de infligírselo a otros”. Los estoicos tenían como una de sus máximas básicas: “Lo que no quieres que se te haga, no se lo hagas a otro”. Y se dice que

el emperador Alejandro Severo tenía esa frase tallada en las paredes de su palacio para no olvidarla nunca como regla de vida.

Pero esta forma negativa de la Regla de Oro no implica nada extraordinario; es algo sin lo cual no se podría convivir. De hecho, sólo implica no hacer ciertas cosas; exige abstenerse de ciertas acciones. Nunca es demasiado difícil no hacer ciertas cosas. Que no debemos hacer daño a otras personas no es un principio especialmente religioso; es más bien un principio civil. Es la clase de principio que podría muy bien cumplir una persona que no tuviera ninguna fe ni ningún interés en la religión. Una persona podría siempre abstenerse de causar daño a los demás y al mismo tiempo ser totalmente inútil a sus semejantes, o sea *no hacer positivamente nada por ellos*. Una persona podría cumplir la forma negativa de la Regla mediante la simple inacción; no haciendo nada que la quebrante.

(ii) Pero Jesús la dice en positivo: “haz a los demás lo que quieres que ellos hagan contigo”. Así planteada es más exigente. El mandamiento de Cristo pasa ahora a obligarnos respecto de los demás, y lo que es más riguroso todavía: *teniéndonos a nosotros mismos como parámetro*. Es muy fácil saber qué es lo que nosotros queremos para nosotros mismos, o qué esperamos de los demás: atención, delicadeza, ayuda, cariño, respeto, caridad, tolerancia, compañerismo, amistad, lealtad, confianza, y un largo etc. Jesús nos dice: haz precisamente eso con ellos. Más aún: empieza por hacérselo tú a ellos, incluso si ellos no te pagan con la misma moneda. Volvemos a encontrarnos aquí, lo que habíamos observado páginas más arriba: la doctrina de Jesucristo es la moral del *máximum*.

(iii) Esta regla tan breve y sencilla de exponer es, sin embargo, muy peligrosa. De hecho tiene un tremendo poder de acusación. ¡Cuánto temor da pensar que seremos juzgados *por* nuestros propios actos! Al decir “por” nuestros actos no estoy usando la expresión en sentido objetivo (es decir, “acerca de nuestros actos”, lo cual es obvio) sino en sentido instrumental: nuestros actos serán los jueces, nuestra medida. Es como si Dios Juez dijera a los ángeles: “mirad sus actos y tomadlos de modelo: haced con él lo que él haya hecho con los demás”. Nuestros actos (lo que nosotros hacemos a los demás) son nuestros “jueces portátiles”, que llevamos en ancas donde quiera que vamos.

(iv) Todavía hay un sentido más en esta expresión del Señor que suele pasarse por alto. Cuando decimos “haz a los demás lo que quieres que ellos hagan contigo” deberíamos entender la frase como: “haz con ellos lo que quieres que ellos te hagan *ya que precisamente eso estás recibiendo de ellos al hacérselo*”. Esto exige una explicación. Ante todo, no he sido exacto cuando dije más arriba que debemos hacer el bien a los demás, *aunque ellos no nos paguen de la misma manera*. En cierto sentido el prójimo no puede evitar pagarnos nuestros actos con la misma moneda porque la paga *se da ya en el mismo momento en que yo realizo el acto*. Nadie puede dudar de esta verdad cuando la aplicamos a los actos deplorables que podemos llegar a cometer: cuando yo de grado a un semejante, me de grado a mí mismo; cuando yo violento a mi prójimo, me injurio a mí mismo. Pero esta ley vale más todavía para los actos buenos. Juan Pablo II llamó la atención sobre ella al recordar, hablando de la misericordia, que “al mismo tiempo que la practicamos [con el prójimo] la experimentamos [= recibimos] por parte de quienes la aceptan de nosotros”⁷. Entenderla como algo “unilateral”, como un bien que yo hago a los demás, es un grave error. En realidad, con mis actos misericordiosos no sólo yo hago un bien al prójimo, sino que el prójimo me hace un bien a mí: el bien extraordinario de darme la oportunidad de hacer el bien. Cada vez que hago el bien, *crezco, maduro, me perfecciono en la misma línea del bien que hago*. El prójimo que me permite (de grado o de mal grado) que yo le haga el bien (perdonarlo, darle consejo, escucharlo, darle limosna, etc.) es mi mejor benefactor. Si vuelco mi paciencia con el molesto, yo recibo un baño de paciencia; si enseño, yo crezco en sabiduría; si doy la fe, yo crezco en la fe; si perdono, yo encuentro perdón. Si ese prójimo que recibe el bien de mis actos, me paga con indiferencia o me trata mal, eso no afecta a mi pago que ya estará cobrado. En todo caso, me quita una cierta yapa, pequeña en comparación con el extraordinario premio de haberme permitido crecer en mi caridad. Esto quería decir San Bernardo cuando estampó la repetida sentencia: “el amor es su propia paga”.

(v) Entre las exigencias de esta regla, una de las más fuertes es el perdón. Nosotros queremos positivamente que los demás, empezando por Dios mismo, nos comprendan, nos perdonen, nos tengan paciencia, nos den constantemente una nueva oportunidad, etc. Pero pocas veces lo hacemos nosotros con quienes nos rodean. Lo enseña Jesús

⁷ Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 14.

en la parábola del servidor a quien su señor perdona muchísimo y luego él mismo se niega a perdonar una pequeñez a un amigo; el desenlace es evidente: el señor, al enterarse, retira su perdón inicial y lo castiga.

Digamos que nada pone tan en relieve el equilibrio y la madurez de una persona como su disposición a perdonar. O quizá deberíamos expresarlo al revés: nada indica tanto la inmadurez de una persona como el rencor y el resentimiento. Jesucristo ha sido tan consciente de esto que parece retornos como a niños cuando insiste en este punto al añadir la aclaración del perdón a su enseñanza al Padrenuestro. Nos habla como a mañosos o a quienes se hacen los tontos en este punto; en efecto, los versículos 14-15 del capítulo 6 de Mateo, retoman y amplían la petición del Padrenuestro de Mt 6, 12: “perdónanos como nosotros perdonamos”.

Y es claro: es el punto de la Oración enseñada por Jesús que más nos duele porque es el *único* en el que el Señor exige que nos *comprometamos* a algo. Todo lo demás son peticiones: danos el pan cotidiano, danos el perdón, líbranos del Malo, no nos dejes caer en tentación. A cambio de esto sólo nos comprometemos a perdonar. ¡Y cuánto nos cuesta!

Por eso disfrazamos nuestro rencor de muchas formas para salvar nuestro apetito de venganza. Lo vestimos de justicia (“lo trato así porque se lo merece”), de corrección fraterna (“lo hice por su bien”), de impotencia (“es imposible tratar con esa persona”; “lo nuestro ya no va más”), de autoridad (así castigamos a nuestros súbditos pero de forma inoportuna o exagerada), de incompreensión (“no hago lo que me dicen porque ellos no entienden mi situación”; y con esta razón, desobedecemos tranquilos), de queja justa, etc.

Pero el rencor alimenta la envidia, el odio, la violencia, la persecución, la injusticia, la dureza del corazón, el mutismo, el aislamiento, la tristeza, etc., y a menudo estas actitudes lo delatan, aunque uno se esfuerce por negar que es un resentido.

(vi) La misericordia y el perdón de los enemigos tienen una gigantesca capacidad madurativa. O sea, no sólo *manifiestan* el grado de madurez de la persona, sino que *lo producen*. En la medida en que una persona perdona, madura, crece, se perfecciona espiritual y psicológicamente. En la medida en que guarda rencor o su resentimiento se encona más y más, produce una *regresión* espiritual y psíquica.

8. Ante la tierra y la eternidad

Mt 6, 19-21. 24

No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.

(...)

Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero.

La relación del hombre con la riqueza es un tema que se reitera en el Sermón de la montaña. Apareció en las bienaventuranzas y retorna a propósito de la Providencia divina. Pero sugiere muchas más cosas que el problema del dinero y de los bienes materiales y también revela la imagen del hombre maduro que tiene en mente Jesucristo.

(i) Parte negativa: “no amontonéis en la tierra”. Jesús tiene mucha compasión de nosotros. Más bien quiere ahorrarnos amarguras inútiles. Todo lo que se amontona en la tierra termina por amargarnos porque o se desvanece por sí mismo (polilla y herrumbre), o por arte de otros (ladrones). Qué amargas suenan las reflexiones de Solzhenitsyn, al describir en su “Archipiélago Gulag” el dramático viaje en tren que hacían los presos políticos hasta los helados campos de Siberia, sufriendo durante el trayecto no sólo el despojo de su dignidad sino incluso de las pequeñas cosas de valor que sus familias les habían dado para que subsistieran en aquellas terribles soledades, de lo que llevaban puesto en el momento del arresto, o cuanto habían conseguido guardar para

comer durante el largo camino a la reclusión: “Si estás en Babia, si no te comes a tiempo tu tocino, si no has querido compartir con los amigos el azúcar y el tabaco, vendrán los cofrades⁸ a vaciar lo que guardes en tu bolsa y así corregir tu falta de ética. Cuando te dan unos míseros y desgastados zapatos a cambio de tus botas de moda, un grasiento chaleco a cambio de tu jersey, no es porque quieran quedarse con tus pertenencias para siempre: tus botas servirán para perderlas y ganarlas a las cartas cinco veces, y tu jersey lo cambiarán mañana por un litro de vodka y una ristra de salchichas. Veinticuatro horas después ya no tendrán nada, lo mismo que tú. Es el segundo principio de la termodinámica: la diferencia entre niveles debe quedar compensada. ¡No poseáis! ¡No poseáis nada! —nos enseñaron Buda y Cristo, los estoicos y los cínicos—. ¿Por qué no alcanzamos a entender, en nuestra codicia, esta sencilla admonición? ¿Por qué no comprendemos que las posesiones corrompen nuestras almas? Deja, pues, que el arenque [*seco y salado*] se caliente en tu bolsillo hasta llegar a la prisión de tránsito, así no tendrás que mendigar agua aquí. Y si dan ración de pan y azúcar para dos días, cómetelos de una sola vez. Entonces, nadie podrá robártelos y no tendrás preocupaciones. ¡Vivid como las aves del cielo! Debes poseer sólo cuanto puedas llevar siempre contigo: tu conocimiento de lenguas y de países, tu conocimiento de los hombres. Que tu memoria sea tu ható de viaje. ¡Recuérdalo todo! ¡Recuerda! Estas amargas semillas son las únicas que quizás algún día germinen”. ¡Así escribe un hombre que ha palpado lo escurridizo de las cosas terrenas!

(ii) Parte positiva. Pero no se trata tanto de no amontonar, sino de *no hacerlo aquí*. Por eso Jesús añade: “amontonad tesoros en el cielo”. No quiere decir que debemos enviar nuestros bienes al cielo como quien transfiere su capital a un banco extranjero. En realidad no es tanto cuestión del lugar en que atesoramos sino de la clase de bienes que intentamos conseguir: amontonar *en la tierra* significa “amontonar tierra”, cosas terrenas; amontonar *en el cielo*, vale por “amontonar cosas espirituales y sobrenaturales”. Los bienes sobrenaturales nadie los puede robar, no se gastan ni destruyen. “Amontonar” estos bienes consiste en hacer el bien en condiciones que valgan para la eternidad, o sea, estando en estado de gracia.

⁸ Se trata de los mafiosos que iban presos por delitos no políticos, a quienes los comunistas (por ser “socialmente afines”) protegían, permitiéndoles vejar y robar a los presos arrestados por razones políticas.

(iii) Vemos así que esta breve amonestación del Señor equivale a decirnos: “vive de cara a la eternidad”. Lo hace entender esa hermosa expresión que añade Jesús: “donde está tu tesoro, está tu corazón”, que también se puede expresar como una admonición: pon tu corazón en el cielo. San Pablo iba a escribir más tarde: “si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas del cielo no las de la tierra” (Col 3, 1-2).

(iv) Así como anteriormente hemos descrito al hombre maduro como alguien que vive “de cara a Dios”, aquí añadimos este aspecto que lo pinta como “de cara a la eternidad”. Porque ambas dimensiones no son necesariamente equivalentes. Alguien puede aceptar la existencia de Dios, pero negar su propia pervivencia eterna (negando la inmortalidad de su alma). Aquí se nos dice: piensa que has de *vivir eternamente*; y ten en cuenta que hay una doble eternidad: de dicha o de luto. El hombre maduro ha ponderado el peso de la vida y sabe que no ha de vivir en este mundo para siempre —por eso no se afinca ni atesora como si fuera a vivir aquí de modo permanente— sino que ha de pasar fugazmente por el tiempo para introducirse en la eternidad. De ahí ese “mira hacia lo eterno que, al ser permanente, es también la verdad última”.

Es, por tanto, signo de gran inmadurez el no juzgar nuestros actos por su valor eterno. *Quid est hoc ad aeternitatem?* Esto, ¿cuánto vale —*qué significa*— para la eternidad? También son signos de inmadurez el temor de enfrentar esta verdad, el miedo a pensar en la muerte, en el juicio divino y en los destinos eternos. Por eso decía el poeta:

Dormir sobre la aspereza
de estos hondos pensamientos
importa más que tener
por almohada piedra y leño.

(v) ¿Cómo se atesora? No tanto haciendo actos (que indudablemente son necesarios) cuanto poniendo el corazón. Tal vez mi tesoro no sea una montaña de monedas; quizá lo constituya solo una monedilla en la que he puesto mi corazón. Donde está tu tesoro está tu corazón, porque donde está tu corazón, ése es tu tesoro. Atesoras, es decir, creas un tesoro, dirigiendo tu corazón hacia algo o alguien. ¿En qué piensas con más insistencia? ¿Qué perturba tu sueño? ¿Qué te distrae de tus deberes? ¿Qué te llena de brío en el momento del cansancio? ¿Que te acongoja? Las respuestas a estas preguntas dibujan la silueta de tu tesoro.

Por tanto, ¿quieres atesorar en el cielo? Piensa en él; pídelo; investiga como será. Reza.

(vi) Jesús ataja un posible subterfugio: no pienses que puedes jugar a dos puntas, asegurándote el cielo mientras te las arreglas para no descuidar tu nido en la tierra. Nadie puede servir a dos señores. Un hombre maduro es un hombre de un solo señor. Pero no de cualquier señor, sino del único que puede pagar eternamente bien. Hay dos formas de inmadurez: la del que sirve al mal señor (más que inmaduro, loco) y el que cree que puede servir a los dos, es decir, engañar a los dos, sacando tajada de ambos. La tierra prometida sólo se conquista a fuerza de dejar que el barco se rompa en los escollos y nadar hasta la playa, desnudo, sin bagaje ni impedimenta.

9. Un salto confiado

Mt 6, 25-34

Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal.

(i) Una gran diferencia entre una persona madura y una inmadura la encontramos en su actitud ante la vida: el inmaduro es un hombre acongojado, el maduro, incluso cuando está estrujado por problemas reales y de peso, mantiene una serenidad de fondo de orden sobrenatural. Y añadido lo “de orden sobrenatural” para que no nos engañemos con una forma oculta de inmadurez: un modo de huir de la congoja cuando ésta llega a “niveles pico” consiste en bajar totalmente los brazos y caer en un fatalismo depresivo semejante al de algunos antiguos

estoicos: “es imposible solucionar nuestros problemas; muramos aplastados por ellos”; pronunciar interiormente esta lúgubre máxima puede dar cierta serenidad externa a nuestro ánimo, pero no es más que la serenidad que vemos generalmente en el rostro de los difuntos.

(ii) Jesucristo, en este párrafo, se refiere, pues, a la “preocupación ansiosa”, que podemos llamar también congoja o angustia. En griego se usa la palabra *mérimna*, que quiere decir *preocupación, ansiedad*. En una carta escrita en un papiro a la que hace alusión el comentario de Barclay, una mujer le escribe a su marido ausente: “No puedo dormir ni de noche ni de día, por la *preocupación (mérimna)* que tengo de si te encontrarás bien”. El poeta Anacreonte escribe: “Cuando bebo vino, se me adormecen las preocupaciones (*mérimna*)”. Los judíos conocían bien esta actitud ante la vida. Sus grandes rabinos enseñaban que un hombre debía enfrentarse con la vida con una combinación de prudencia y serenidad; decían: “El que tiene un pan en la cesta, y dice: ‘¿qué comeré mañana?’ es un hombre de poca fe”.

(iii) Nos topamos aquí con una paradoja singular. La virtud que propone Jesús para el hombre maduro es la actitud que tiene el niño pequeño y que suele perder a medida que crece: la confianza total y casi ciega en sus padres. Parecería que la madurez se logra por una *regresión psicológica* a actitudes de la primera infancia. En realidad sólo es así en la apariencia. El niño pequeño vive su presente totalmente confiado en la protección y cuidado de sus padres; vive así incluso cuando éstos no cuidan de él como debieran. El niño tiene una idea grandiosa de sus padres y no vive del futuro sino de su presente inmediato: en su futuro ya pensarán sus padres. A medida que el niño se vuelve adolescente, joven y hombre mayor, comprende que sus padres tienen muchas limitaciones y se vuelve desconfiado de ellos. Este proceso puede agravarse cuando se experimenta, de pequeños, el abandono de uno de los padres o de los dos, o cuando se sufren males muy grandes como algún abuso *sin que los padres se den cuenta*, porque en este caso, se derrumba instantáneamente esa *sensación de estar protegidos por la mirada providente de los mayores*. La sensación de abandono es el gran mal de nuestro tiempo, aunque no sea nada nuevo.

(iv) Jesús no propone ninguna regresión a la infancia sino un “transvasamento”: la actitud es la misma, pero referida a Dios Padre y no ya fundada en una pueril ignorancia de los límites de nuestros

padres sino en la fe en el amor y poder sin límites de nuestro Padre celestial. Esta actitud no es una vuelta atrás sino una *conquista* de nuestro espíritu. Se mantiene, sin embargo, la actitud en lo fundamental (la confianza ciega), por eso ha podido ser llamada “infancia espiritual”.

(v) En estos diez versículos Jesús da cuatro argumentos a favor de esta confianza y en contra de la inútil preocupación:

- “¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido?”. La respuesta es obvia; y el sentido que pretende darle el Señor también lo es: tanto la vida como el cuerpo lo hemos recibido de Dios; no debemos, pues, desconfiar que recibiremos de Él también lo que es mucho más sencillo que la vida y que el cuerpo.

- Nos pone el ejemplo de los pájaros que no viven con ansiedad, no intentan amontonar recursos para un futuro invisible e imprevisible; y sin embargo se mantienen vivos. Jesús no quiere decir que los pájaros no trabajan; un gorrión se gana el alimento cotidiano con más trabajo que muchos hombres; la lección apunta más bien a enseñar que los pájaros no se preocupan. No se puede encontrar en ellos el estrés de las personas acerca de un futuro que no pueden ver ni prever, tratando de encontrar su seguridad en las cosas que almacenan y acumulan para el futuro.

- También nos recuerda una gran verdad: ¿qué resultados puede traernos la preocupación? Por más que me inquiete, ¿puedo añadir algo sustancial a mi vida? Jesús dice literalmente: por más que alguien se preocupe y esfuerce, ¿puede acaso añadir un codo a su estatura?; un codo equivale a 45 centímetros, es decir, el Señor habla de añadir a la estatura o a la vida algo que valga la pena. La respuesta a la que apunta es: “no”. La preocupación desgasta pero no aprovecha. A la postre, todo cuanto nos da, puede decirse “una nadería”.

- Lo mismo enseña el ejemplo de las flores. Los lirios del campo a los que alude el Señor eran las amapolas y las anémonas escarlatas: flores de un día en las laderas de Palestina, que al secarse se usaban para encender el fuego. Y sin embargo, en su breve vida se vestían con un belleza que superaba la de los mantos reales. Si Dios da tal belleza a una florcilla efímera, ¡cuánto más tendrá cuidado de una persona! No cabe duda que a la Divina Generosidad que es tan pródiga con la flor de un día no se le pasará por alto la persona humana, que es la corona de la creación.

(vi) Sin embargo, el verdadero problema de la preocupación ansiosa es la mala idea de Dios en que se funda. Jesús lo dice con toda claridad: “así se preocupan los paganos”. Los paganos tienen una idea de Dios muy equivocada, prácticamente “liberal” (en el sentido moderno y filosófico del término): un Dios que —en el mejor de los casos— ha hecho las cosas, pero luego se ha desentendido de ellas; es un Dios a menudo caprichoso e impredecible. ¿Es así nuestra idea *subterránea* de Dios? ¿No será, quizás, que nuestra preocupación hunde sus patas en el barro de la incomprensión de quién es Dios? Para conquistar la confianza, ¿debo trabajar propiamente en la confianza, o tal vez debería empezar por aprender algo más sobre el Dios que ha revelado Jesucristo? Éste es un punto muy importante para muchas personas a quienes el zapato le hace daño en el talón de su fe en Dios. ¿Sé quién es Dios? ¿Entiendo lo que significa “Dios”?

(vii) Es de suponer que si se entiende correctamente quién es Dios la confianza nace espontáneamente. El niño no confía en cualquier hombre; por el contrario, los niños normales suelen temer a los extraños y no sólo a ellos sino incluso a los parientes que no frecuentan. ¿Por qué confía en su padre y por qué corre a él cuando necesita algo, o teme algo o sufre por algo? No porque es un hombre mayor sino porque ese hombre mayor es su padre; está vinculado a él por el lazo de vida que es la *paternidad*. Del mismo modo, no confiamos *espontáneamente* en Dios porque es infinitamente grande y poderoso (muchos paganos lo concebían así y precisamente por eso, le temían) sino porque es *Padre*. Por eso Jesús dice: “ya sabe *vuestro Padre celestial* de qué tenéis necesidad”.

(viii) Jesús indica dos aplicaciones de esta enseñanza. La primera es que la confianza en Dios Padre se trabaja (conquista) y manifiesta abocándose a buscar y trabajar por el Reino de Dios y la santidad (eso significa la “justicia”, es decir un verdadero reinado de Dios en cada corazón, empezando por el nuestro, y en la sociedad).

... Así se conquista la confianza: ¿cómo se aprende a caminar? ¡Caminando! ¿Cómo se aprende a nadar? ¡Nadando! Es decir, en el ejercicio de lo que queremos aprender. En las ciencias eminentemente experimentales no podemos esperar a aprender primero en un libro y luego salir a obrar siendo expertos con lo aprendido en los papeles. Sin ejercicio, sin práctica, no hay verdadero aprendizaje. De la misma ma-

nera, la confianza —ciencia experimental por excelencia— se conquista *confiando*. Y la manera más lógica de hacerlo es dedicarse a las cosas de Dios, *dejando que Dios se encargue de las nuestras*. La desconfianza, por el contrario, consiste en *ocuparnos nosotros de todas nuestras cosas, porque de lo contrario nadie, ni Dios, se ocupará de ellas*. Así enseñó Jesús a sus Apóstoles; por eso ellos le dicen: “Maestro, lo hemos dejado todo por seguirte”. “Todo” equivalía a sus pobres trabajos, sus casas, sus familias, su futuro. Y Jesús los alaba: “Recibiréis, ya aquí en la tierra, el ciento por uno, y luego la vida eterna”. ¡Cuántos quieren alcanzar la confianza, sin jugarse, es decir, sin confiar! “Padre, ¿qué puedo leer para trabajar en la confianza?”. Para “saber” qué es la confianza se pueden leer muchas cosas, pero para conseguir la confianza no se puede leer nada; lo único que hay que hacer es *lanzarse, jugarse*.

... Y así se manifiesta la confianza: ¿cuánta confianza tengo? La puedo medir por los actos que hago y que *sólo una persona confiada en Dios se animaría a hacer*. ¿Hasta qué medida me entrego a las cosas de Dios, dejando que Dios se ocupe de las mías? ¡Ésa y no otra es la magnitud de mi confianza!

(ix) La segunda aplicación es muy semejante a la anterior. No sólo dedicarse a las cosas de Dios, sino pensar en el “hoy”, dejando no ya nuestras cosas (familia, bienes, trabajo, etc.) en manos de Dios Padre, sino nuestro “futuro”. Los judíos tenían un dicho: “No te preocupes por los males del mañana, porque no sabes lo que traerá el día de hoy. Tal vez mañana no estés vivo, y te habrás preocupado por un mundo que ya no será el tuyo”. Si viviéramos cada día como viene, si cumpliéramos cada tarea como se nos presenta, entonces la suma de todos los días no podría ser sino buena. Jesús nos aconseja que atendamos a las demandas de cada día según nos vayan llegando, sin preocuparnos acerca del futuro desconocido y de cosas que a lo mejor no sucederán nunca. Esto es un inmenso acto de confianza en Dios.

10. Juicios que envenenan y juicios que purifican

Mt 6, 22-23; 7, 1-5

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!

(...)

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: “Deja que te saque la brizna del ojo”, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.

He unido en esta lección dos párrafos del Sermón montano que hacen referencia a nuestro modo de juzgar al prójimo.

(i) El primer pasaje compara el ojo humano con una lámpara pero no en el sentido de una lámpara artificial sino con una “claraboya”: es una ventana por la que penetra la luz. En la antigüedad (¡este texto tiene dos mil años!) las principales fuentes de iluminación eran, en efecto, los tragaluces por los que penetraba la luz natural. Y la calidad de la luz, como es evidente, dependería de la limpidez de los cristales o de lo que cumpliera su función: un cristal rayado, sucio o de color oscuro dejaría en penumbras la casa; uno transparente y diáfano iluminaría todos los rincones.

Es más que evidente que Jesús no habla aquí de las imágenes materiales que entran por el ojo sino de los juicios que nosotros nos hacemos de ellas. Porque nuestros ojos no son ventanas inertes sino vivientes. En nuestro interior entra lo que el ojo quiere ver y del modo en que éste lo quiera ver. Es por la disposición espiritual del ojo que nuestra ventana puede ser llamada “buena o mala lámpara”.

(ii) En el texto se habla del ojo sano o bueno y del malo. Las palabras bueno y malo se usan aquí con un sentido bastante corriente en el griego del Nuevo Testamento. La palabra para *bueno* es “haplus”, con su sustantivo correspondiente “haplotés”. En el griego bíblico, por lo general, estas palabras quieren decir generoso y generosidad. Así, por ejemplo, cuando Santiago dice que “Dios da generosamente” (St 1, 5) usa el adverbio “haplós”; San Pablo, en Rm 12, 8, al exhortar a dar con generosidad usa también esta expresión: “haplós”; lo mismo cuando recuerda a los corintios la liberalidad (haplotés) de las iglesias de Macedonia, y los exhorta ser generosos con todos los hombres (2Co 9, 11).

Por su parte la palabra “malo” traduce el griego “ponérós”, el cual, tanto en el Nuevo Testamento como en la Biblia Septuaginta quiere decir corrientemente tacaño o avaricioso. Es el sentido con que la usa el Deuteronomio cuando, estableciendo que cada siete años se condonaran todas las deudas, precave contra el “mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada” al acercarse esa fecha de la condonación (Dt 15, 9): “kai ponéreusestai ho ofthalmós sou”. La idea es mirar con ojo tacaño, prestando poco, porque sabe que tras poco tiempo no tendrá derecho a reclamar.

(iii) De aquí, entonces, que Jesús esté hablando de las disposiciones del corazón hacia el prójimo que se manifiestan en los juicios que hacemos de él. Y nos dice que los juicios, nuestra “mirada”, del prójimo, iluminan u oscurecen nuestro interior. Dicho de otro modo: o envenenan el alma o la purifican.

(iv) ¿En qué consiste esa mirada tacaña o avarienta sobre el prójimo? No se trata de una mirada que tenga algo que ver con el dinero. Juicio “poco generoso” equivale a juicio que desvaloriza al prójimo, que lo rebaja o que lo hunde. Se refiere a varios vicios del juicio. La primera deformación de nuestra mirada viene de los prejuicios que nos forjamos del prójimo. “¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?” dice nada menos que el honrado Natanael. Si él, a quien Jesús considera

“un hombre justo”, tenía prejuicios, ¿qué podemos esperar de nosotros mismos? Prejuizar es juzgar de las cosas antes del tiempo oportuno, o sin tener de ellas cabal conocimiento. Los prejuicios son “juicios anticipados”. El prejuicio se opone siempre a la justicia a la que no hace honor, juzgando injustamente sin tener todos los elementos requeridos para un juicio. También se opone a la prudencia porque todo prejuicio implica un apresuramiento en el juicio (por tanto peca de precipitación) o una falta de elementos suficientes para emitir un juicio prudente (por tanto peca por falta de circunspección). También peca contra la verdad y la objetividad, porque el juicio basado en un prejuicio resulta siempre falso o parcial. Lamentablemente estamos llenos de prejuicios contra el prójimo, contra Dios y contra nosotros mismos. Cuando desconfiamos de Dios, actuamos por prejuicios; cuando pensamos que no somos capaces de hacer lo que en realidad jamás hemos intentado hacer con todas nuestras fuerzas, prejuizamos de nosotros mismos; cuando consideramos que la santidad es algo demasiado lejano de nosotros, nos guiamos por prejuicios; cuando pensamos que tal o cual persona no puede cambiar o nunca se convertirá, nos manejamos por prejuicios, y así podríamos enumerar una interminable lista. Para alcanzar la madurez debemos examinar constantemente los fundamentos de nuestros juicios, nuestra objetividad, las pruebas sobre las que nos basamos al pensar y juzgar; es decir, debemos desenmascarar nuestros prejuicios y caminar en la verdad y la objetividad.

(v) La segunda mirada enferma debe atribuirse a los celos y a la envidia. A menudo miramos mal porque queremos ver mal. Nos duele ver brillar el bien en determinadas personas; por lo general se trata de aquellas que se parecen a nosotros o comparten nuestro nivel de vida, profesión, trabajo, etc. O sea, aquellas personas cuya arbórea copa nos hace “sombra”. La envidia es un principio de antifestación que se expresa como decía un amigo: “todo lo que (nos) hace sombra debe ser talado”. La predisposición a encontrar defectos en el prójimo tiene la virtud de encontrarlos siempre; también tiene la virtud de producir alucinaciones y por eso, ve defectos incluso cuando éstos no existen. Tiene también la virtud de producir empecinamiento, y por eso seguimos viendo los defectos en el prójimo incluso cuando los hechos demuestran lo contrario. Y, por último, tiene la virtud de volvernos mentirosos, y por eso nos hace porfiar en que estamos convencidos de los defectos de prójimo incluso cuando la falsedad de los mismos es

proverbial. La mentira, a su vez, fácilmente se transforma en calumnia. La mejor muestra de todos estos pasos la tenemos en el proceso contra Jesucristo.

(vi) La tercera visión astigmática proviene de la presunción. Presumir es tener un alto concepto de sí mismo, o mejor, un concepto de sí mismo poco acorde a la realidad (un poco más modesta). Afecta, pues, principalmente a la mirada que uno tiene de sí mismo. La presunción nace de un amor desordenado de sí mismo y engendra ceguera de sí mismo: lo que no se ve, en este caso, son los defectos propios. Como consecuencia afecta a nuestra visión del prójimo produciendo un extravío visual: el infatuado no mira mal al prójimo sencillamente porque *ni siquiera se detiene a mirarlo*. Sólo tiene ojos para sí mismo. Pero incluso respecto de sí, es tuerto y borroso: no ve su parte defectuosa, mientras que las virtudes que cree ver en sí mismo suelen estar fuera de foco y no ser lo que parecen.

(vii) Por el contrario, una mirada generosa ha de consistir en una mirada benévola y llena de caridad. Pues como dice San Pedro: “el amor cubre multitud de pecados” (1Pe 4, 8). Y el otro Apóstol: “La caridad... todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (1Co 13, 7). Lo que no significa que sea tonta sino que está dispuesta a aceptar cualquier excusa que tenga fundamento y siempre espera que una buena explicación descargue nuestras dudas sobre el obrar del prójimo.

(viii) De aquí se sigue la admonición que se contiene en el segundo texto (7, 1-5): no juzgar al prójimo. Pero esto hay que entenderlo bien, pues no faltará quien piense que Jesús manda sencillamente que nunca se juzgue. No es así, ni tienen tampoco este sentido otras expresiones, como la de San Pablo cuando dice: “Y tú ¿cómo juzgas a tu hermano? o ¿por qué desprecias a tu hermano?” (Rm 14, 10), o: “¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno?” (Rm 14, 4) Además dice: “No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor?” (1Co 4, 5). Porque quien dice esto también dice en otra parte: “A los que falten corrígelos delante de todos” (1Tim 5, 20). Y Cristo dijo a Pedro: “Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndelo a solas. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos. Pero si aun así desoye, comunícalo a la Iglesia” (Mt 18, 15-17). Por eso, como explica San Juan Crisóstomo, “lo que ordena Cristo en las palabras dichas es que quien es reo de infinitos vicios, no sea severo

juez de las culpas ajenas, sobre todo si los pecados ajenos son faltas leves. No veda corregir ni enmendar, sino que prohíbe descuidar los pecados propios y triunfar en los ajenos. Esto sería un terrible acrecentamiento de perversidad y llevaría consigo una doble malicia. Porque quien olvidado de sus pecados, aunque graves, se empeñara en acusar y juzgar las faltas ajenas, pequeñas y leves, incurriría en una doble mancha: el desprecio y olvido de los pecados propios y excitar contra sí la enemistad y el odio, y diariamente avanzaría por el camino de la inhumanidad y fiereza⁹.

La sentencia de Jesús no indica que no ayudemos al prójimo a corregir sus errores, sino que primero corrijamos los nuestros para poder auxiliar verdaderamente a los demás. Si tenemos los ojos vendados o enceguecidos por estar tapados por una viga, como dice con deliberada exageración el Señor, ¿cómo pretenderemos ver las pelusas defectuosas que se esconden en el ojo del prójimo?

(ix) La madurez empuja, pues, a que el hombre que ve defectos en el prójimo se aplique el cuento primero a sí mismo y mire si no habrá caído también él en los defectos que sus ojos le revelan en los demás; y habiendo visto también en sí mismo esos defectos, considere si los suyos no son, en comparación con los demás, como vigas cotejadas con astillas. Y reconociéndose también él necesitado de purificación se aplique a ésta con todo vigor para poder mejor ayudar a purificar los ojos ajenos, pues en estas operaciones, mejor ayuda quien tiene las manos más limpias.

⁹ San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre San Mateo*, Hom. XXIII.

11. Lo santo a los santos

Mt 7,12

No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.

He aquí un dicho que tiene varias posibles aplicaciones para nuestra madurez.

(i) Este texto fue muy usado por la Iglesia primitiva como un mandato de preservar el tesoro entregado por Jesús a los cristianos tanto de los ataques externos cuanto internos. La amenaza exterior estaba representada por la inmoralidad pagana, altamente degradada y, por tanto, peligrosa para los cristianos recién convertidos. Pero también desde dentro se inquietaba la fe con las primeras especulaciones heréticas de los que querían lograr una simbiosis entre el pensamiento cristiano y el pagano, o entre el cristiano y algunas deformaciones judaizantes, como testimonian las epístolas de San Pablo, fuertemente críticas contra los gnósticos. La Iglesia naciente debía defenderse con todas sus fuerzas para no ser asimilada a una religión más de las que competían en el panteón pagano.

De ahí el celo con que cuidaban delicadamente los misterios sagrados y en particular el más sublime de todos: la Eucaristía. La celebración eucarística comenzaba precisamente con estas palabras: “Las cosas santas son para los santos”. Teodoreto cita lo que dice ser un dicho de Jesús: “Mis misterios son míos y de mi pueblo”.

La Didajé o “Doctrina de los Doce Apóstoles”, uno de los escritos cristianos más antiguos que parece remontarse a los tiempos apostóli-

cos, dice: “Nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía, sino (únicamente) los que están bautizados en el nombre del Señor. Porque también de esto el Señor ha dicho: ‘¡No deis lo santo a los perros!’”¹⁰. En consonancia con esto, Tertuliano se quejaba de que los herejes admitían a toda clase de gente, aun a paganos, a la Mesa del Señor; y que, al hacerlo, “echaran a los perros lo que es santo, y las perlas (aunque ciertamente no auténticas) a los cerdos”¹¹.

Con esto la Iglesia no se negaba a recibir a quienes querían entrar en ella, sino a mantener la pureza de la fe, no fuera que el Cristianismo gradualmente se asimilase y terminase finalmente deglutido por el paganismo circundante.

Si aplicamos esta idea al hombre maduro, debemos decir que éste es el que sabe defender su tesoro (el de su fe y el de su virtud) de la tentación paganizante que siempre lo amenaza. Signo de madurez es el cuidado que se pone en no exponer la propia fe o la fragilidad de la propia virtud; traza de inmadurez, en cambio, es no reconocer todavía la debilidad de la propia fe y exponerla a las discusiones y controversias que podrían agostarla prematuramente con la duda y la vacilación. Por algo la Iglesia ha prohibido con frecuencia las discusiones sobre temas de fe a quienes no están preparados para ello; pero muchos entusiastas conversos no comprenden esta medida para ellos de “excesiva prudencia”. ¡Cuántas otras cosas ponen en peligro la pureza de la fe: conversaciones, lecturas, recreaciones, fábulas mundanas, películas, etc., que no son quizá abiertamente inmorales pero contienen principios venenosos difíciles de rebatir para quien no está preparado y que, por eso, dejan terribles sombras de duda! También el pudor de la castidad, la guarda del propio tesoro de la castidad y de la sexualidad de la mirada ajena, admite una aplicación de este dicho del Señor.

(ii) Un segundo sentido de este texto se toma de la posible estructura hebrea del mismo. En efecto en la lengua hablada por Jesús y sus apóstoles, *santo* se decía *qadós* (QDS), pero la palabra aramea para designar los *aros* o *pendientes* es *qadasá* (QDS), es decir, las consonantes son exactamente las mismas, y en la ortografía antigua las palabras serían idénticas. Es probable que el dicho original no diga “santo” sino aro o pendiente, lo que lo asemejaría al dicho del Talmud que habla de

¹⁰ *Didaché*, 10, 4.

¹¹ Tertuliano, *De Praescriptione*, 41.

“un pendiente en el hocico de un cerdo”, para referirse a algo totalmente incongruente y fuera de lugar. La frase puede haber sido: “No les deis un pendiente a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos”, con un paralelismo perfecto, haciendo referencia a “no hacer algo que está fuera de lugar”. En este sentido, el mandato del Señor se referiría más bien a no dar algo importante (designado metafóricamente por las perlas y los pendientes) a quienes no están todavía preparados para recibirlo. Me parece que esto se refuerza por la continuación de la frase de Jesús: “no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen”. Con quienes no están preparados hay que ir progresivamente y con prudencia. Hay verdades que muchos no están preparados para oír y aceptar pacíficamente. También Jesús fue de a poco. La revelación sobre su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida fue muy preparada por Jesús, y aún así, la mayoría de sus oyentes se volvió contra Él y lo abandonó. Del mismo modo, la verdad sobre la resurrección de su Cuerpo, después de la muerte, fue usada por sus enemigos como una afirmación referida a la destrucción del Templo de Jerusalén, etc.

Esta segunda acepción puede aplicarse a la madurez entendiendo que ésta exige sentido de la *ubicación* y el conocimiento de las personas. El inmaduro obra a menudo *fuera de lugar*, o con celo intempestivo o con desacertada timidez. El maduro, en cambio, sabe esperar y preparar a sus interlocutores para lo que les va a revelar o bien para lo que les ha de exigir. Lo explica muy bien San Pablo: “Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales” (1Co 3, 1-3).

El inmaduro exige para sí lo que no es capaz de recibir ni mantener; y pretende hacer tomar a los demás lo que éstos no son capaces de entender ni valorar. El inmaduro quiere llegar a la meta sin pasar por los largos y dificultosos pasos que conducen a ella; siempre cree ser ya “suficientemente maduro”, cuando el verdadero maduro es muy discreto para juzgarse preparado para una gran empresa. De ahí que los inmaduros sean impacientes y juzguen de apocados a los demás, pero luego, no perseveren en la demanda comenzada. El maduro es cauto y quizá lento, pero no cobarde; difiere de éste en que, una vez puesto

el pie en el campo de batalla deja allí el pellejo sin ceder un palmo de terreno.

(iii) Una tercera explicación del principio sería entenderlo positivamente: “lo santo para el Santo”. Si no hay que arrojar lo santo a los perros es porque debe ser dado a quien corresponde, es decir, a Dios, el Santo. Y en este sentido, esta frase daría pie a comprenderla como una invitación a dar a Dios lo mejor que tenemos. Lo mejor de nosotros, nuestros dones, cualidades, tiempo, etc., debemos dárselo a Dios, no gastarlo en los ídolos, que son malos pagadores.

Madurez es, pues, la capacidad y la voluntad de dar a Dios lo más noble de nuestras personas.

12. Un camino incómodo

Mt 7,13-14

Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran.

La enseñanza de estos dos versículos resume uno de los modos más antiguos de enseñar la vida moral: la doctrina de los dos caminos. Así por ejemplo dice el Salmo 1:

¡Dichoso el hombre que no sigue
el consejo de los impíos,
ni en la senda de los pecadores se detiene,
ni en el banco de los burlones se sienta,
mas se complace en la ley de Yahveh,
su ley susurra día y noche!
¡No así los impíos, no así!
Ellos son como paja que se lleva el viento.

(i) Hay una senda del justo y otra del injusto, y la vida nos pone en una encrucijada, es decir, un cruce de caminos o, al menos, un punto en el que los caminos se dividen. Si se dividen los caminos, también se dividen los hombres, entre los que van por un camino y los que van por el otro. Jesucristo es, pues, un “signo de contradicción” (Lc 2, 34), “piedra de tropiezo”, o “divisoria de aguas”. Barclay dice sobre el texto de Lc 2, 34: “No es Dios quien juzga al hombre; todo hombre se juzga a sí mismo; y su juicio es su reacción ante Jesucristo”.

(ii) Aquí se interpela la libertad. Jesús manda: “entrad”. Dios siempre apela al uso de nuestro libre albedrío. Dice el libro del Deuteronomio: “Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahveh tu Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yahveh tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás; Yahveh tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses y a darles culto, yo te declaro hoy que perecerás sin remedio y que no vivirás muchos días en el suelo que vas a tomar en posesión al pasar el Jordán. Pongo hoy por testigos contra ti al cielo y a la tierra: te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahveh tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a él; pues en eso está tu vida, así como la prolongación de tus días mientras habites en la tierra que Yahveh juró dar a tus padres Abraham, Isaac y Jacob” (30, 15-20).

Lo mismo dice Josué a los judíos que poco antes habían cruzado el Jordán: “Si no os parece bien servir a Yahveh, elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Yo y mi familia serviremos a Yahveh” (Jos 24, 15).

Quizá el texto más célebre al respecto sea el de Jeremías: “Y a ese pueblo le dirás: Así dice Yahveh: Mirad que yo os propongo el camino de la vida y el camino de la muerte” (Jer 21, 8).

(iii) Jesucristo nos dice con toda claridad que el camino que lleva a la vida es el camino de la cruz. Se atribuye a Cebes, discípulo de Sócrates, aquel diálogo escrito sobre su “Tabla”:

—Dinos, pues, el camino que conduce a la Verdadera Ciencia.

—¿No ves hacia lo alto de aquel paso montañoso donde no se ve nadie, que casi semeja un desierto?

—Ya lo veo.

—¿No ves una puertecita, frente a un sendero poco frecuentado, por el cual transitan pocas personas, como en toda senda escabrosa y empinada, que al parecer es muy peligroso?

—Sí, sí.

—¿Y no percibes un monte, de estrecha subida que a uno y a otro lado bordean profundos precipicios?

—Sí, se ve.

—Ese camino lleva a la Verdadera Ciencia.

—Al parecer verdaderamente es agrio y difícil.

Jesucristo nunca nos ha engañado sobre su programa de Vida. Es un programa de negación, de cruz, de persecución y de dolor (que puede tener la silueta del fracaso, de la muerte, de la enfermedad, de la incomprensión, etc.). Él jamás predicó el facilismo, pero tampoco el inútil retorcimiento de las mentes embrolladas. De ahí que esta perspectiva nos sirva para aclarar algunos temas importantes.

(iv) Ante todo, contra lo que muchos piensan, el hombre maduro no es el que se inclina a lo difícil y desprecia lo fácil. Esto lo suele hacer el hombre “complicado”, porque complicar quiere decir precisamente eso: “hacer de modo difícil lo que puede hacerse fácilmente”. El hombre maduro, cuando ve el modo más expedito para realizar una cosa, si está seguro de que es el modo correcto, no se complica. Pero se caracteriza, en cambio, por “desconfiar” de lo que parece fácil y atractivo porque sabe que la verdadera grandeza es el resultado del esfuerzo. Por eso sabe de antemano que toda propaganda que le ofrezca “aprender alemán o chino *sin esfuerzo*”, o “hablar ruso *en quince días*” es camelo (en cambio, el inmaduro *quiere creer que debe haber un modo de hacer sin sacrificio las cosas valiosas* y, por eso, su biblioteca acumula decenas de estos métodos y busca para todo soluciones mágicas). La virtud, que es lo único que vale la pena, es el fruto de una conquista laboriosa: no hay matrimonios felices sin grandes luchas interiores para aprender a perdonar, a ser fieles, a tolerar, a ser magnánimos; ni hay perseverancia en el bien sin esfuerzos importantes como no existen buenos pianistas que no hayan pasado tediosas horas ejecutando interminables ejercicios y escalas.

(v) El hombre maduro tampoco es el que se inclina al camino largo cuando se puede —y conviene— ir por el corto; eso lo hace el mal estratega. Sin embargo, el maduro *desconfía* inicialmente del corto porque sabe que difícilmente algo rápido e inmediato produzca una obra perdurable. Horacio, en “El arte poética”, aconseja a Pisón que, cuando escriba algo, antes de publicarlo lo tenga a mano nueve años para ir pu-

liéndolo. Virgilio ocupó los últimos diez años de su vida escribiendo “La Eneida” y cuando estaba muriendo, de no ser por sus amigos que se lo impidieron, la hubiera destruido, porque le parecía muy imperfecta. La “República” de Platón empieza con una sencilla frase: “Bajé al Pireo ayer con Glauco, el hijo de Aristón, para ofrecerle una oración a la diosa”. Platón dejó no menos de trece versiones diferentes de esa frase inicial: el gran escritor la había corregido una y otra vez hasta conseguir la cadencia exacta. Nadie ha llegado jamás a una obra maestra por un atajo. En este mundo tenemos que enfrentarnos constantemente con caminos cortos que prometen resultados inmediatos, y con el camino largo, cuyos resultados no se ven sino en la lejanía. Pero las cosas duraderas nunca se hacen de prisa; por eso, *normalmente*, el mejor camino resulta ser el más largo. Los inmaduros no lo entienden; por eso no llegan a sazón.

(vi) El hombre maduro no se ata a reglas numerosas e innecesarias. Esto es más propio del hombre embrollado y del escrupuloso. Pero el maduro sabe que nunca se ha conseguido nada sin disciplina y que todos los que no se atan a reglas precisas, medidas y necesarias, es decir, los improvisadores, los que obran a la bartola, los negligentes, nunca construyen nada, jamás terminan nada, ni arriban a ningún puerto. Un ejemplo célebre es Samuel Coleridge (1772-1834) de quien se dijo que “nunca hubo una mente tan grande que produjera tan poco”. Dejó la Universidad de Cambridge para irse al ejército; dejó el ejército porque, a pesar de su erudición, no sabía cepillar un caballo; volvió a Oxford, y salió sin ningún título. Empezó a publicar un periódico llamado “El Observador” (*The Watchman*), que después de diez números se fundió. Se ha dicho de él que “se perdía en visiones de trabajos que había que hacer, que siempre estaban por hacerse. Coleridge tenía todos los dones de la poesía menos uno: el del esfuerzo mantenido y concentrado”. Tenía toda clase de libros en la mente, como él mismo decía: “Sólo falta escribirlos”; “estoy —decía— en vísperas de mandar a la imprenta dos volúmenes en octavo”. Pero los libros no existían más que en su cabeza porque no podía someterse a la disciplina de sentarse a escribirlos. ¡Su biografía se parece a la de tantos de nosotros! Nadie ha llegado nunca a la eminencia sin disciplina, y si la ha alcanzado no la ha mantenido.

(vii) Pero la auténtica diferencia entre, por un lado la puerta estrecha y el camino estrecho, y, por otro, la puerta ancha y el sendero amplio, está en el final de una y otra. No debemos apostar todo nues-

tro discernimiento de las cosas únicamente mirando la *dificultad* de su comienzo sino su fin. Siempre hay que mirar al término del camino. Porque lo que parece al primer momento fácil puede revelarse muy amargo en el porvenir. Todo camino fácil puede parecer muy seductor al comienzo, y todo camino difícil parece al principio descorazonador. Pero nuestros juicios pueden cambiar totalmente si miramos en dónde termina uno y otro. Si el camino encantador concluye en un barranco y el áspero en un valle ameno, nos arrepentiremos mucho de haber tomado el fácil y desechado el difícil. De ahí una última diferencia de caracteres entre el hombre maduro y el inmaduro: el segundo compra los boletos según el itinerario y las ventajas que ofrece la compañía de viajes, sin preguntar a dónde termina; el primero, en cambio, elige compañía e itinerario *exclusivamente entre las que van a dónde él pretender ir*; y a menudo se encuentra que sólo hay un vuelo riesgoso en un incómodo y viejo planeador. Pero él no duda porque sabe dónde va. El maduro ve las cosas, no a la luz del tiempo, sino de la eternidad. El inmaduro no piensa en la eternidad, aunque tarde o temprano (y más temprano que tarde) se encuentra con ella y no del modo que hubiera deseado.

(viii) Un último detalle lo encontramos en la versión de San Lucas que dice: “Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán” (Lc 13, 24). Es evidente que San Lucas mira las cosas desde el punto de vista de la llegada. Cuando los que hayan elegido el camino equivocado vean adónde están siendo conducidos, si es que tienen la gracia de ver su destino final antes de desembocar en él, reaccionarán como desesperados queriendo cambiarse de fila para entrar por la otra puerta, la incómoda, pero ya no podrán entrar por ella, porque como tiene pocos pretendientes, puede ser que se cierre pronto. Vuelve a sonar aquí el eco de aquellas palabras que transcribimos algunas lecciones más arriba: *Late, late, so late!* La lección es muy clara: no esperar hasta el último para cambiar de puerta.

13. Discernimiento y cautela

Mt 7,15-20

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los reconoceréis.

Los judíos, los griegos y los romanos, dice Barclay, usaban la idea de que a un árbol se le juzga por sus frutos. Un proverbio decía: “Como la raíz, así el fruto.” Epícteto diría más adelante: “¿Cómo podrá una cepa no crecer como tal sino como un olivo; o, cómo podrá un olivo no crecer como tal sino como una vid?”. Séneca declaraba que el bien no puede crecer del mal como tampoco puede salir una higuera de una aceituna.

Un hombre maduro, según Jesucristo, es un hombre de discernimiento (“los reconoceréis”) y cautela (“guardaos”). El primero es parte de la prudencia en su aspecto cognoscitivo; la segunda, de la prudencia en su nivel práctico. Por tanto, el hombre maduro es un hombre prudente; porque sin prudencia no hay virtud alguna.

(i) Jesús es muy claro: la madurez se opone a la ingenuidad y a la bobería. El inmaduro se traga todo lo que le ofrecen, lo que es una actitud peligrosísima para quien vive en un mundo como el nuestro, plagado de riesgos.

El Señor habla de “lobos rapaces”, una expresión muy similar a la que usará San Pedro para referirse al demonio como “león rugiente, que busca a quién devorar” (1Pe 5, 8). Si el Diablo es un león carnicero, sus secuaces son lobos. Devorar es su oficio y su afición. Los inmaduros tarde o temprano caen víctimas de sus fauces. Ser devorado quiere decir ser convertido en uno de ellos; los hombres inmaduros son comidos por los lobos al asimilarse a ellos en el vicio, en su “mundanidad”; les devoran la vida de la gracia que es como devorarles el corazón.

Frente a esto Jesús exige dos actitudes: discernir y cuidarse.

(ii) En cuanto al discernimiento Jesucristo da, en este lugar, pocos criterios, pero sustanciosos. Ante todo señala que “vienen con disfraces”; es decir, “parecen” ovejas pero son lobos.

Las palabras de Jesús “no se cosechan uvas en los espinos” deben entenderse teniendo en cuenta que existe una clase de espino, el espino cerval, que produce unas bayas pequeñas y negras que parecen uvas pequeñas; igualmente al decir “ni higos en los cardos” puede referirse al cardo que tiene una flor que a cierta distancia podría tomarse por un higo chumbo. En este sentido Nuestro Señor quiere decir que a veces puede haber una semejanza superficial entre un verdadero y un falso profeta, pero la diferencia salta cuando se lo examina detenidamente. Al hacer notar que los malos se disfrazan de buenos, nos enseña a no juzgar por la impresión *primera y superficial*. Un disfraz es algo que cubre exteriormente, pero la persona sigue siendo quien es. Antes había dicho que “no debemos juzgar” y habíamos señalado que tal afirmación hiperbólica debe ser interpretada a la luz de muchas otras; ésta es una de ellas. Jesús no dice aquí que hagamos un juicio de quienes se acercan a nosotros con apariencia de buenos, juzgándolos como lobos con careta. Pero sí nos dice que tampoco debemos apurarnos a canonizarlos o a entusiasmarnos con ellos sin antes examinarlos atentamente. Un disfraz suele ser imperfecto en sus detalles, por eso su alusión es una invitación a un examen completo; sólo después de sondear todos los aspectos de la persona y su doctrina, y tras haber aprobado tal inspección, podemos darles crédito.

Pero es claro que nuestros juicios indagatorios no afectan a todas las personas con las que nos relacionamos. Jesús habla de los “falsos profetas”, es decir, de quienes se presentan a *enseñarnos* algo, pidiendo nuestra adhesión intelectual o volitiva a sus doctrinas o hechos. Es a

éstos que debemos pasar por la criba del discernimiento, no al lechero o la mucama con quienes tratamos cotidianamente.

(iii) El segundo criterio está indicado en la palabra con que Jesús define al profeta falso: es un “lobo”. Un lobo es un animal carnicero y dañino. Una persona demuestra ser lobo cuando mira a los demás como *alimento*; con *ojos voraces*. Lo propio del falso profeta, siendo lobo, es aprovecharse de los demás para su propio interés. Su vicio es la codicia sea de dinero como de honor. De ahí que un criterio para distinguir a los verdaderos de los falsos profetas sea el *motivo* por el que busca las almas. El lobo las busca o por la *ganancia* material, o por el *prestigio personal* (hace, por eso, alarde de sí), o para *transmitir sus propias ideas*, que no son las de Cristo. El verdadero las busca para hacerles el bien, llevarlas a la verdad, y se caracteriza por el desinterés propio, por buscar desaparecer silenciosamente detrás de su mensaje y por transmitir a Jesucristo y no a sí mismo, como Juan el Bautista: “es necesario que Él [Cristo] crezca y yo disminuya”.

(iv) El tercer criterio son los frutos: “por sus frutos los conoceréis”. “Todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos”. Para que el examen sea cumplido debe incluir, pues, los frutos. Eso deja manifiesto que no tienen buen discernimiento las personas de “juicio apurado”, pues toda planta requiere tiempo para fructificar. Los que se confían en sus primeras impresiones no pueden haber observado los frutos de ninguna cosa o persona. Hay distintos frutos que podemos tomar considerando a los falsos profetas que Jesús combatió durante su vida pública, los escribas y fariseos que lo acuciaban, y que debe haber tenido en cuenta en este discurso:

(a) El primer fruto verdadero es la *interioridad*; en cambio, el malo es la sola *exterioridad*. Jesús luchó mucho contra los fariseos, a quienes catalogó de malos profetas por hacer consistir la santidad sólo en lo exterior, en el cumplimiento puramente legal y ceremonial de las cosas de Dios. “Hay que hacer esto (lo interior) sin descuidar aquello”, lo exterior. Sin vida interior no hay verdadera fe.

(b) El segundo fruto de un árbol bueno es, precisamente, *dar un fruto*, es decir, algo positivamente bueno (pues tal es la idea que siempre nos formamos del término “fruto”). Cuando la doctrina o la persona de alguien produce a su alrededor una fructificación positiva, es decir, virtudes, obras buenas, ese árbol es bueno. Cuando algo produce obras

menos buenas que las que ya existían, realmente no produce fruto sino que *recorta* el fruto que antes daba; y más claro aún cuando da frutos venenosos, es decir, aparecen defectos que no se tenían o que ya se habían extinguido, e incluso vicios. Los fariseos luchaban para apartar a los hombres de Cristo, no para ofrecerles algo mejor, sino simplemente para que “no se vayan detrás de Él”, como dicen acongojados.

(c) El tercer fruto bueno es la solidez en las buenas convicciones, en la fe, en los buenos propósitos. Mal fruto es, en cambio, la duda, la vacilación, el abandono de las determinaciones, etc. En este sentido, cualquier enseñanza que le quita a la religión la firmeza de la roca, cualquier enseñanza que excluye la cruz, toda doctrina que elimina el sano temor de la condenación, o pone en tela de juicio las verdades de la fe, son frutos del falso profetismo. Los enemigos de Cristo eran, como dice San Pablo, “enemigos de la cruz de Cristo”.

(d) Un último fruto lo encontramos en la relación entre la fe y la vida. El árbol bueno mantiene siempre unidas estas dos dimensiones; el malo, las separa, predica pero no vive lo que predica. “No hagáis como ellos, que dicen y no hacen y que atan pesadas cargas sobre los hombros de los demás, que ellos no mueven ni con el dedo”.

(v) Un cuarto criterio lo podemos ver reflejado en la taxativa afirmación de Nuestro Señor al decir que un árbol bueno *da* frutos buenos y *no puede* dar malos; y, por el contrario, un árbol malo *da* frutos malos y *no puede* darlos buenos. Si tomamos las palabras en su sentido estricto, parecen exageradas, pues de los buenos árboles, a veces, se cosechan algunos frutos inmaduros; y lo contrario puede suceder con las malas plantas. Jesús a veces es hiperbólico. Pero también puede querer decir que, para discernir, correctamente, hay que saber esperar y mirar la *confirmación* de los frutos, es decir, cómo se desarrollan en el tiempo. El Diablo puede hacer, accidental y provisoriamente, cosas buenas cuando éstas, a la larga, han de resultar, para la persona implicada, menos buenas, o distractivas, o incluso nocivas. Para discernir no basta, pues, con considerar el primer momento de las cosas que parecen buenas, sino su ulterior desarrollo. El trigo y la cizaña se parecen al principio, pero al crecer se diferencian fácilmente.

(vi) Un último criterio podemos tomarlo de la *resistencia* de los frutos. El buen fruto *resiste* los embates del ambiente; el malo se desgaja con facilidad. A este criterio apeló Gamaliel ante el Sanedrín: “Dejad-

los. Porque si esta idea o esta obra proviene de los hombres, se destruirá; pero si es de Dios, no conseguiréis destruirlos” (Hch 5, 38-39). El éxito de las obras ante la prueba y la dificultad son piedra de toque. Así vemos que ningún poder humano pudo destruir la veracidad de los mensajes de Lourdes o de Fátima, a pesar de la fragilidad de los testigos (niños débiles e incultos) y de la oposición encarnizada de los poderes terrenos, mientras que tantos falsos visionarios han quedado barridos por el olvido.

(vii) “¡Guardaos!” El discernimiento termina en una actitud práctica. Distinguimos el bien y el mal para evitar este último y abrazar el primero. Lo evitamos alejándonos, no dándole crédito y negándole nuestra atención y curiosidad; abrazamos aquél practicándolo.

Cuando, a pesar de distinguir a los falsos profetas, coqueteamos con el error o pecamos de curiosidad, no sólo corremos el riesgo de caer en sus redes, sino —justo castigo— de terminar con nuestro discernimiento atrofiado. Por esta razón vemos tantos cristianos que antaño tuvieron clara la verdad de muchas cosas, ahora “confundidos”, “mareados” e incluso atrapados por las redes de la mentira.

Porque si se rompe el nexo indisoluble entre discernimiento y cautela, cae hecha trizas toda prudencia.

14. Hacedor de la palabra

Mt 7, 21-27

No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” Y entonces les declararé: “¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!” Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina.

Jesús, en este último párrafo del Sermón montano, distingue al verdadero y al falso discípulo según su actitud ante la Palabra de Dios. “Palabra de Dios” es equivalente a “Voluntad divina”, pues en su Palabra Dios expresa su querer.

Se trata aquí de “discípulos”, por tanto, de quienes “aceptan” la Voluntad. Los que la rechazan ni siquiera están contemplados en estos versículos.

(i) Nuevamente nos enfrentamos con el *hombre maduro* y el *inmaduro* según la visión de Nuestro Señor. La piedra de toque para distinguir uno del otro es, en última instancia, la *responsabilidad*; y de este

tema habla Jesús aquí. “Responsabilidad” se deriva etimológicamente de “respondere”, *responder*, o quizá de “res ponderare”, *pesar la cosa*.

La responsabilidad de cada cual se mide por el modo de pesar —es decir, valorar— aquello con lo que Dios lo enfrenta, y por su conciencia del deber de responder ante Dios, ante la sociedad y ante sí mismo.

(ii) El hombre inmaduro del que aquí se habla propiamente no rechaza *de plano* la voluntad divina; quien se opone a ella es el *neccio*, el *loco* del que habla a menudo la Escritura. Pero el inmaduro, sin rechazarla, no la asume responsablemente; no la hace eficaz en su propia persona. El Señor dice que “no la pone en práctica”. Quizá no llega a “ponderarla” en su recto valor y urgencia. El inmaduro acoge las cosas —incluida la voluntad divina— con superficialidad; quizá con entusiasmo, como dice Jesús en la parábola del sembrador; pero no deja que la voluntad de Dios lo transforme interiormente, encarnándose en su propia voluntad; es decir, no se identifican ambas voluntades. Por eso no debe extrañarnos que las cosas que Jesús pone en boca de estos inmaduros puedan ser consideradas expresiones típicamente “sacerdotales”: profetizamos (predicamos), expulsamos demonios (al bendecir, exorcizar, perdonar), hicimos milagros (cancelar los pecados, transustanciar el pan en el cuerpo de Cristo, convertir las almas), etc. Entre los sacerdotes hay muchos que son irresponsables respecto de la Palabra de Dios; Dios despliega a través de ellos (de su poder sacerdotal) su poder divino, pero esto no los transforma, como no transforma el agua al canal por el que pasa. Edifican sobre arena.

(iii) En cambio el hombre maduro *edifica sobre roca*, dice Jesús. La solidez de los cimientos del hombre cabal puede entenderse en diversos sentidos. “La Roca es Cristo” dice San Pablo, por lo que la pequeña parábola de la casa edificada sobre piedra ha sido entendida a menudo como edificar sobre Cristo. Pero también significa todo fundamento estable como la Palabra de Dios y la Voluntad divina. Los planes de Dios son inmutables y los que intentan separarse de ellos trabajan en vano, porque los hombres no pueden frustrar esos planes; estos se realizarán infaliblemente aunque los hombres que se opongan a ellos contribuyan de un modo muy distinto al que Dios les ofrece si quieren trabajar según su Voluntad. Porque Dios a todos ofrece la salvación; es decir, integrarse voluntariamente en sus planes. Quien rechaza esa voluntad la verá cumplirse *a su pesar*. “Dios frustra los proyectos de las naciones”:

“Yahveh frustra el plan de las naciones,
hace vanos los proyectos de los pueblos;
Pero el plan de Yahveh subsiste para siempre,
los proyectos de su corazón por todas las edades.
(Sal 33, 10-11).

(iv) Podría objetarse que si estos personajes dicen haber realizado milagros y haber predicado en nombre de Cristo, no pueden haberse opuesto a sus planes. Sin embargo es así. El plan divino apunta principalmente a la conversión de los corazones; la predicación, los milagros, y los signos de poder, no son más que “abrecaminos” para la transformación del corazón. ¿De qué servirían aquellas cosas si las almas no se transforman en Cristo? La clave para entender esto está en la frase del Señor: “Jamás os conocí”. Esos hombres que han expulsado demonios y han predicado a Cristo, no conocieron a Cristo ni Cristo los conoció a ellos. Porque el conocimiento del que habla el Señor es la comunión de personas. Estos hombres edificaron su vida sobre una armazón externa correcta, pero su edificio no tenía alma. Obraron como discípulos de Cristo, sin llegar a ser verdaderos discípulos

(v) De ahí el tremendo drama de la *responsabilidad*. Todo lo que Dios les concedió (*poder* sobre los demonios, *elocuencia* de palabra, *carisma* de curaciones, etc.) debía ser usado responsablemente. Y la responsabilidad exigía usarlo ante todo sobre sí mismos: expulsando sus propios demonios, es decir, sus vicios, dejándose transformar por la Palabra. En el Evangelio de San Juan dice el Señor: “El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la Palabra que yo he hablado, ésa le juzgará el último día” (Jn 12, 48). También quien predica la Palabra de Cristo puede rechazarla; la predica para otros, pero la bloquea en su corazón. Predicar no significa aceptar. Convertirse es aceptar. Transportar agua no significa beberla; el acueducto lleva vida a los campos, pero dentro de él nunca nace vida; en su seno de piedra sólo puede criar musgos y mientras más vertiginosa pase el agua, ni siquiera éstos. Los predicadores que dejan pasar por su inteligencia y por sus bocas la Palabra de Dios como un río impetuoso que se despeña bañando a otros pero sin mojarlos a ellos, son *irresponsables con sus propias almas*.

(vi) “El que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente”. El maduro es quien se hace responsable

ante Dios de lo que recibe a través de las palabras de Cristo —ésta es la Voluntad de Dios—. Nuestra responsabilidad es que esa palabra se transforme en “práctica”, en “vida”. “El que, en cambio, oiga estas palabras y no las ponga en práctica es insensato”, inmaduro, irresponsable.

(vii) —“Señor, he resucitado un muerto”. —“Pero de tu vida, ¿qué has hecho?” —“Señor, he predicado maravillosamente de ti”. —“Pero ¿qué has hecho de tu corazón?”. El Señor espera de nosotros que su Palabra —sus Planes, su idea de nosotros— se haga realidad. ¿Qué has hecho de ti?, ¿cuáles son tus frutos interiores?, ¿qué me presentas de ti?

(viii) Del inmaduro dice Jesús: “grande será su ruina”.

15. Un maestro de autoridad

Mt 7, 28-29

Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedaba asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.

En las pocas páginas que preceden hemos tratado de exponer el Sermón de la montaña desde la perspectiva particular de la “concepción” del hombre maduro —perfecto— en la mente de Jesús. Creo que la relación hecha, aunque muy sintética y general, nos ha llevado a perfilar los principales rasgos de la madurez humana.

El maduro es un hombre...

*libre interiormente frente a lo terreno y caduco;
amo de sus afectos y pasiones;
capaz de corregirse y reparar sus yerros;
buscador de la verdad y la virtud;
compasivo con los débiles;
dueño de su corazón;
fácil para perdonar las injurias;
amigo del sacrificio y de la cruz;
no ahogado por el individualismo;
de gran unidad interior;
que vive de cara a Dios y a la eternidad;
familiarizado con Dios en la oración;
magnánimo y generoso;
confiado totalmente en Dios;
de mirada sana y sin envidia;
esforzado y prudente;
y fiel a su palabra.*

Tal hombre es un *ideal* al que Jesús nos hace mirar con ojos llenos de esperanza y ánimo dispuesto a la conquista.

Tales *debemos intentar llegar a ser.*

“La gente quedaba asombrada” de la doctrina de Cristo. También a nosotros nos asombra la excelencia y limpieza de sus ideas.

Si los hombres conociesen y pusiesen en práctica las líneas directrices de Nuestro Señor podemos estar seguros que no tendríamos tantos problemas de inmadurez afectiva o intelectual, y que los conflictos psicológicos a los que la premiosa vida moderna nos ha acostumbrado —e insensibilizado— serían cuantiosamente menos.

Jesús habla con autoridad porque la tiene. Esa autoridad —se entiende en el tema que nos hemos propuesto— la tiene porque Él mismo es el Hombre maduro por excelencia. La imagen que nos transmite es una imagen perfecta de sí mismo.

ÍNDICE

1. El Sermón del Señor	3
2. Ocho propiedades de la madurez	5
3. Superar el individualismo	18
4. Unidad y plenitud de la persona	21
5. Vivir de cara a Dios	28
6. Madurez y oración	33
7. Nuestros jueces portátiles	38
8. Ante la tierra y la eternidad	42
9. Un salto confiado	46
10. Juicios que envenenan y juicios que purifican	51
11. Lo santo a los santos	56
12. Un camino incómodo	60
13. Discernimiento y cautela	65
14. Hacedor de la palabra	70
15. Un maestro de autoridad	74

COLECCIÓN VIRTUS

- /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA¹
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS
- /2 CEGÓ SUS OJOS (JN 12,40)
EL JUICIO PROPIO
- /3 DUC IN ALTUM!
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD
- /4 DE LOBOS A CORDEROS
EDUCACIÓN Y GRACIA
- /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES
- /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE
JESÚS DE NAZARET
- /7 CRISIS DE PATERNIDAD
EL PADRE AUSENTE
- /8 NUESTROS MIEDOS
- /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO
- /10 EL CAMINO DEL PERDÓN

- /11 LAS ADICCIONES
UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA
- /12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD
(TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD)
- /13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO
EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA
- /14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE
- /15 LA SUPERFICIALIDAD

¹ Reemplaza al original número 1 (“Miró la pequeñez de su esclava. Para una educación de la humildad”) que ha pasado a formar parte del estudio más amplio “Naturaleza y educación de la humildad” (Virtus número 12).

**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado**

**20 de noviembre de 2011
Solemnidad de Cristo Rey**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 - CC 376 - (5600)
San Rafael - Mendoza - Argentina
Tel: (02627) 430451 www.edicionesive.com.ar
ediciones@iveargentina.org**

